

Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

Año: 1984

Número: 14

ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 14 (1984). <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3441>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

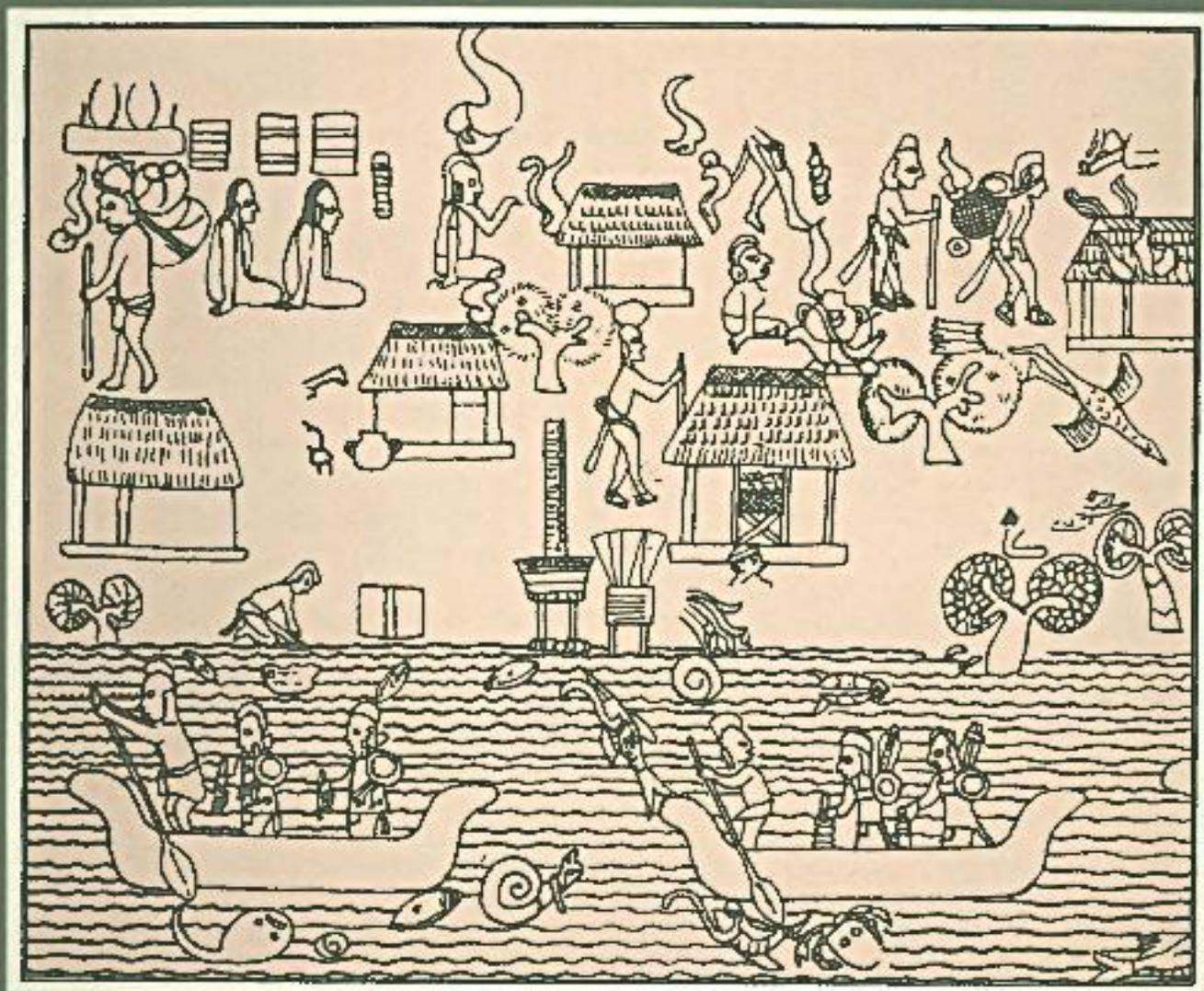


REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

HISTORICAS

enero-abril 1984

14



BOLETIN DE INFORMACION
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS
UNAM

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS

Roberto Moreno de los Arcos
Director

Virginia Guedea
Secretaria académica

Investigadores

Carlos Bosch García	José Luis Mirafuentes
Johanna Broda	Josefina Muriel
Rosa de Lourdes Camelo	Edmundo O'Gorman
Víctor M. Castillo Farreras	Juan A. Ortega y Medina
François Delaporte	Sergio Ortega Noriega
Patricia Galeana	Francisca Perujo Alvarez
Josefina García Quintana	Guillermo Porras Muñoz
Amaya Garritz Ruiz	Ignacio del Río Chávez
Peter Gerhard	Rubén Romero Galván
Lino Gómez Canedo	Ignacio Rubio Mañé
Miguel León-Portilla	Ernesto de la Torre Villar
Carlos Martínez Marín	Carmen Yuste
Alvaro Matute Aguirre	Gisela von Wobeser

Departamento editorial y técnico

Rosalba Alcaraz Cienfuegos	Patricia Osante Carrera
Guadalupe Borgonio Gaspar	José Ruiz de Esparza
Cristina Carbó	Ricardo Sánchez Flores
Teresa Lozano Armendares	Juan Domingo Vidargas
Javier Manríquez	

Manuel Portillo Gámez
Secretario administrativo

Marianela Heredia Abarca
Bibliotecaria

HISTORICAS 14

enero-abril 1984

**BOLETIN DE INFORMACION
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS
UNAM**

**DIRECTOR
RESPONSABLE
EDITORA
ASESOR**

**Roberto Moreno de los Arcos
Josefina García Quintana
Cristina Carbó
Sergio Ortega**

INDICE

NOTICIAS DEL IIH 3

- Becarios 3
Conferencia 5
Proyecto de investigación 17

EL CARIBE MESOAMERICANO EN LA EPOCA DE LA CONQUISTA 19

- Publicaciones 47
Biblioteca 48

NOTICIAS GENERALES 50

- UNAM 50
Provincia 53
Extranjero 57

COLEGIO DE HISTORIA 59

- Reseñas de Catedras 59

*Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, México 20, D.F.
Composición tipográfica y formación:
Redacta, S.A.
Impreso y hecho en México
Tiraje 1 500 ejemplares.*

*Para este número se utilizaron ilustraciones de
Scientific American, Arte Prehispánico en Mesoamérica,
Incidents of Travel in Yucatan, Los Estilos
Río Bec, Chenes y Puuc en la arquitectura maya,
On the Edge of the Sea y Tulum an Archeological
Study of the East Coast of Yucatan.*

NOTICIAS DEL IHH

BECARIOS

Rebeliones populares en Michoacán, 1766-1767

Tesis de maestría que realiza Medardo Felipe Castro Gutiérrez, becario del IHH, con la dirección del maestro Roberto Moreno de los Arcos.

La expulsión de los jesuitas en junio de 1767 provocó alzamientos populares en San Luis de la Paz, San Luis Potosí, Guanajuato y Michoacán.

Estos movimientos, por su violencia y simultaneidad, atrajeron la atención de sus contemporáneos y dieron motivo a diversos intentos de explicación. Para los autores jesuitas, se trató de protestas espontáneas por la expulsión de los regulares de la Compañía. En cambio, para el visitador general José de Gálvez y el virrey marqués de Croix fueron resultado de una coordinada conspiración antiespañola de indios y castas, que tenía por fin la instauración de un gobierno indígena independiente.

Los autores modernos han realizado algunos trabajos sobre los acontecimientos en las regiones mineras. En contraste, la carencia de

fuentes ha impedido hasta ahora el análisis de los sucesos en el occidente. Este análisis es el objetivo del trabajo de tesis que realizo.

La investigación se basa en la recopilación de documentos dispersos en varios archivos que habían permanecido desconocidos o ignorados.

En mi trabajo señalo que las rebeliones de Michoacán comenzaron de hecho en 1766, teniendo como aparente causa común la resistencia al reclutamiento de milicias provinciales. Sin embargo, muchos otros factores causales estarían presentes, de modo que lo anterior sería más bien un factor precipitante. Además, en este complejo panorama la expulsión de los jesuitas habría sido un punto incidental, que cobró un relieve tan destacado sólo por la trascendencia de la medida para toda la Nueva España.

El tema presenta varios aspectos de interés. En efecto, estos movimientos fueron preparándose insensiblemente a lo largo del siglo XVIII y su resolución influyó decisivamente en las décadas posteriores. Se trata de un momento de crisis, en el que la sociedad resentía los efectos de la reactivación general de la economía luego de un largo periodo de depre-

sión, del renovado autoritarismo político y del severo incremento tributario iniciado por el reformismo borbónico.

Pongo énfasis en el señalamiento de que los tumultos y rebeliones fueron endémicos en el siglo XVIII y que las causas, desarrollo y objetivos de estas conmociones obedecen a modelos repetitivos y predecibles. Afirmo, además, que la visión tradicional que presenta al gobierno colonial como un despotismo intolerante y represivo es —al menos antes de 1767— decididamente falsa. Cuando no se trataba de sublevaciones formales e irreductibles, las autoridades tendían a conceder fácilmente un perdón colectivo; a lo sumo, se efectuaba algún castigo ejemplarizante. En ocasiones, incluso, se corregían determinados abusos irritantes para la población y se satisfacían ciertas demandas de los tumultuarios.

La investigación examina los motivos y condicionantes de estas pragmáticas y tolerantes políticas, vinculándolas con la debilidad del aparato estatal y la carencia de un sistema de represión organizado y eficaz, así como con el tipo de relación establecida entre la Corona y sus súbditos americanos.

En el área de estudio existía una expansión de haciendas e ingenios en perjuicio de las comunidades indígenas, y a la vez los jornaleros agrícolas transitaban rápidamente hacia la condición de peones endeudados. Pese a esto, sería difícil ver en tales conflictos una explicación causal de



las rebeliones. Tampoco aparecen en las reivindicaciones de los rebeldes matices agraristas, y sería erróneo deducir de la existencia objetiva de una contradicción social un reflejo mecánico e inmediato en las acciones de los sometidos.

En el fondo de este desfase entre realidad y conciencia estaría la gran influencia ideológica de la Iglesia y la mediación que efectuaba el Estado en las tensiones sociales; así, el descontento podía canalizarse y sus consecuencias diluirse. Sólo cuando estas instituciones no podían o no querían efectuar esta labor preventiva podía generarse una situación de violencia social.

Una parte de mi trabajo está dedicada a examinar la composición, función y organización de los grupos sociales que tomaron parte en los acontecimientos, describiendo sus mutuas relaciones y su vinculación con el poder político en el nivel local y virreinal. Procuero mostrar la importancia de algunos aspectos poco conocidos de la sociedad michoacana del siglo XVIII. Tales serían, entre otros, la reconstrucción del liderazgo indígena en torno del gobernador de los naturales de Pátzcuaro,

el considerable incremento demográfico de las castas y su adopción de formas institucionales corporativas reconocidas por el poder español, y las pugnas dentro de la clase dominante, que debilitaban su cohesión y capacidad hegemónica.

El estudio e interpretación de todos estos aspectos pueden proporcionar conclusiones de interés, no sólo sobre Michoacán, sino también para iluminar parte de la lenta acumulación de fuerzas que produciría, medio siglo más tarde, la Revolución de Independencia.

Medardo Felipe Castro Gutiérrez
becario
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

CONFERENCIA

El americanismo en Sevilla

La conferencia *El americanismo en Sevilla* fue impartida por el doctor Bibiano Torres en enero de este año en el salón de conferencias del Instituto de Investigaciones Históricas.

El doctor Torres, que ya nos ha visitado en otras ocasiones,* vino a México como integrante de la misión encargada de la *Exposición del libro científico español*, que se realizó del 16 al 24 de enero y que incluyó un ciclo de mesas redondas sobre publicaciones científicas en las diferentes áreas del quehacer universitario y una muestra española de cine y video sobre ciencia y tecnología.

Durante su estadía en México participó también en una mesa redonda junto con Roberto Moreno sobre el tema "Aspectos del

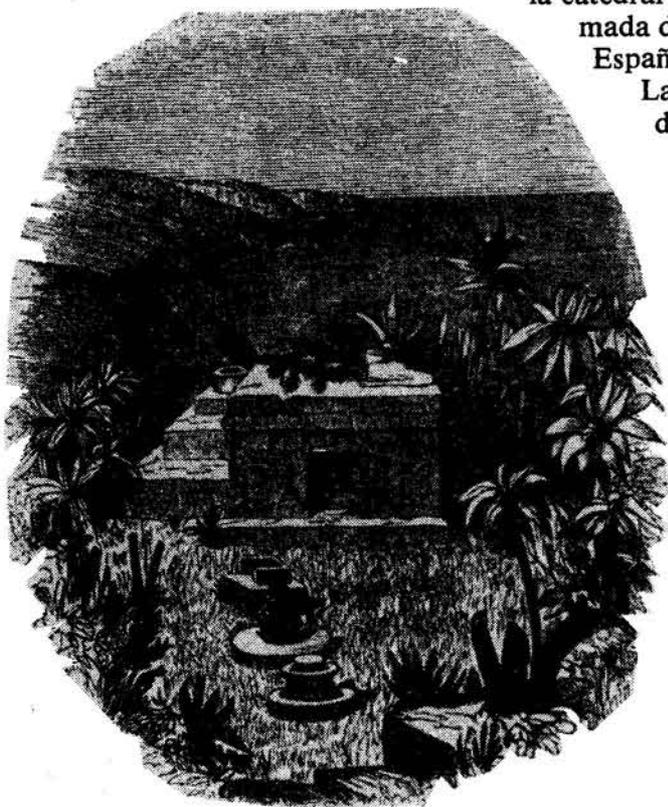
* Véase *Históricas 2*.



Imperio Español en América”, que organizó la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El doctor Torres es director de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. Su último trabajo es un libro sobre la Armada de Barlovento.

Presentamos su conferencia completa porque ofrece un interesante panorama de los orígenes, causas, desarrollo y actividades de una institución de la relevancia de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, cuyas tareas de investigación y difusión redundan en aportes al quehacer histórico de nuestro país.

No es difícil apuntar cuáles fueron las causas determinantes por las



que la ciudad de Sevilla, “puerto y puerta de las Indias” al decir de Lope de Vega, ha mantenido vivo el fuego sagrado del americanismo. Sus manifestaciones arrancan nada menos que de la traducción hecha por maese Rodrigo de Santaella, fundador de la universidad de aquella ciudad, del *Libro del famoso Marco Paulo, veneciano, de las cosas maravillosas que vide en las partes orientales*, publicado en 1503 por Polono y Cronverger, y en cuya portada se recoge la primera muestra iconográfica indiana, al reproducir la catedral de Santo Domingo, primada de las Américas en la isla Española.

La Casa de la Contratación de las Indias, la Lonja de Mercaderes, el Almirantazgo, la Universidad de Mareantes, la vinculación de la Audiencia de Sevilla a las del Nuevo Mundo, la presencia de sus cabildos, eclesiástico y secular, en toda la



empresa indiana, hablan con gran fuerza de la proyección de Sevilla en el Nuevo Mundo.

Más tarde, a fines del siglo XVIII, un valenciano, don Juan Bautista Muñoz, al que Sevilla que tanto le debe —por haberla dotado del primer archivo colonial del mundo— desconoce en absoluto, instala el Archivo General de Indias, al haber pasado la Casa de la Contratación de las Indias, a Cádiz, en 1717, en virtud de las reformas en la organización política, económica, administrativa, mercantil, militar, naval de los asuntos indianos, llevadas a cabo por la dinastía borbónica.

A lo largo del siglo XIX, hay que señalar en Sevilla poco interés en relación al Nuevo Mundo, debido tal

vez al proceso emancipador americano, a la atonía y el desencanto que España experimentó en todos los órdenes y que culminaron el año 1898 con la pérdida de los últimos territorios de ultramar.

Y así llegamos a nuestro siglo, tema concreto que vamos a desarrollar, pero en el que no podíamos situarnos sin señalar los antecedentes históricos, porque nuestro americanismo no es una planta de generación espontánea. Hubo, para la totalidad del hecho que vamos a considerar, unas causas determinantes y unas motivaciones precisas y razonadas. Hubo siempre, aunque a Sevilla la desahuciaron oficialmente al trasladar la Casa de la Contratación a Cádiz, una constante e ininterrum-

vida afección sevillana por América. Las empresas conquistadoras y colonizadoras lo habían establecido así. Luego, la emigración al Nuevo Mundo, los organismos de la Corona, el propio ambiente que la ciudad vivió en el siglo XVI, el fenómeno del criollismo sevillano, en relación con otras provincias y regiones españolas, todo en definitiva, subrayaba y establecía ese carácter de la Sevilla americana. De ello queda su impronta en la literatura, en las obras de nuestros clásicos, Cervantes, Lope, Calderón, Tirso, y tantos otros, entre los cuales hay destacados americanos como sor Juana Inés de la Cruz y Juan Ruiz de Alarcón.

Las huellas que, en la arquitectura, la escultura y la pintura, ofrecía Sevilla del descubrimiento y de la colonización son otros vestigios: el templo catedral con los restos del Descubridor y Primer Almirante; la cartuja de santa María de las Cuevas, donde aquéllos reposaron anteriormente; el monasterio de san Isidro del Campo y el convento de Madre de Dios con los enterramientos de descendientes de Cristóbal Colón y de Hernán Cortés; la devoción de la virgen de Guadalupe, que un sevillano, frey don Antonio María de Bucarelli y Ursúa, virrey de México, y que tenía su casa-palacio en la calle de santa Clara, difundió a través de su iconografía por la casi totalidad de las iglesias y conventos sevillanos; el templo de san Pablo, de la orden de Predicadores, donde fue consagrado obispo de Chiapas el sevillano

Bartolomé de las Casas, paladín incansable en su celo evangelizador y en su afán de justicia reivindicatoria de la condición del indígena como persona; la Biblioteca de don Hernando Colón y su casa en la Puerta Real; todos los conventos y casas que las órdenes monásticas tenían en Sevilla como lugar de embarque de los religiosos que partían a evangelizar al Nuevo Mundo; nuestras costumbres y formas de vida, de vestir, de hablar, que tanta repercusión tienen en las Indias; las manifestaciones musicales, el canto, con esa corriente permanente de relación entre Andalucía y América; el baile, demuestran, en definitiva, un fácil y espontáneo trasplante cultural, étnico y filológico de nuestra idiosincrasia proyectada hacia el Nuevo Continente.

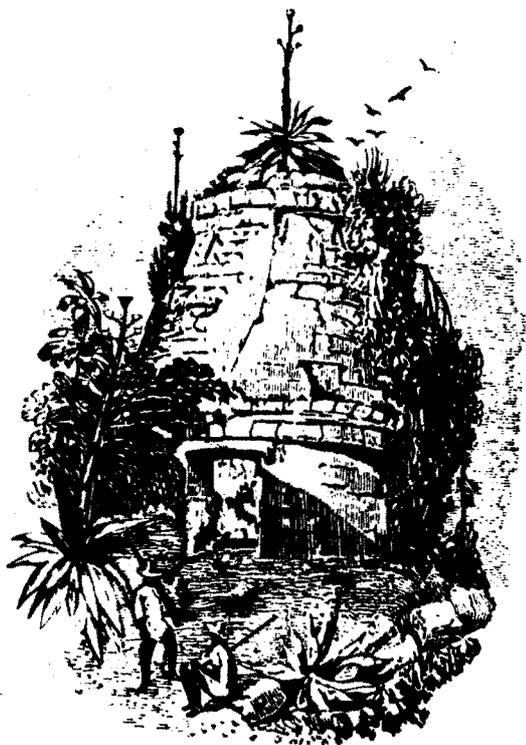
La conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América tuvo, en Madrid y en Huelva, especial relieve por las publicaciones de la Real Academia de la Historia, de la Casa de Alba y los actos conmemorativos en La Rábida, que determinan el primer propósito de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, originalmente proyectada en Palos de la Frontera y en La Rábida, y de cuyos modestos edificios iniciales podían verse los restos, hasta hace algunos años, al borde de la carretera, con denominaciones alusivas a ciudades y naciones de este Nuevo Mundo.

Sevilla no se quedó al margen de esta celebración, y en esos años del

IV Centenario apareció una serie de publicaciones, de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, que enriquece la producción historiográfica americanista. La más antigua revista científica de la ciudad, *Archivo hispanense*, recogía por aquella fecha un estudio sobre los retratos conservados en la Biblioteca Colombina, entre los cuales estaba el del almirante don Cristóbal Colón. Y también unos documentos autógrafos e inéditos de don Francisco Javier Venegas, virrey de México y primer marqués de la Reunión de la Nueva España.

Y así entramos en el siglo XX, con una obra clásica que va a significar un hito de innegable interés en la historiografía indiana: *Los trabajos geográficos de la Casa de la Contratación*, de don Manuel de la Puente y Olea, que recoge toda la acción inicial española en el Nuevo Mundo, hecha sobre documentación original del Archivo General de Indias, y que hoy sigue siendo una fuente imprescindible en las investigaciones históricas de ese periodo.

En ese tiempo aparecen, hechos o concebidos en Sevilla, aunque su publicación, por razones administrativas, no se haya realizado siempre en ella, las *Relaciones descriptivas de mapas y planos del Archivo de Indias*, correspondientes a las diferentes audiencias indianas, hechas por don Pedro Torres Lanza, que tanto interés y utilidad van a tener para el desarrollo de investigaciones cartográficas posteriores. Avanzando en



este propósito don Diego Angulo Iñiguez publica los planos de Monumentos Arquitectónicos de América y Filipinas existentes en el Archivo General de Indias y posteriormente aparecen los “Planos de Ciudades Iberoamericanas y Filipinas existentes en el Archivo General de Indias”, de Fernando Chueca, Torres Balbás y Julio González.

A la iniciativa en 1913 del, en aquel momento, director del Archivo de Indias, don Pedro Torres Lanza, se debe la creación en Sevilla de la primera entidad americanista de este siglo, el Instituto de Estudios

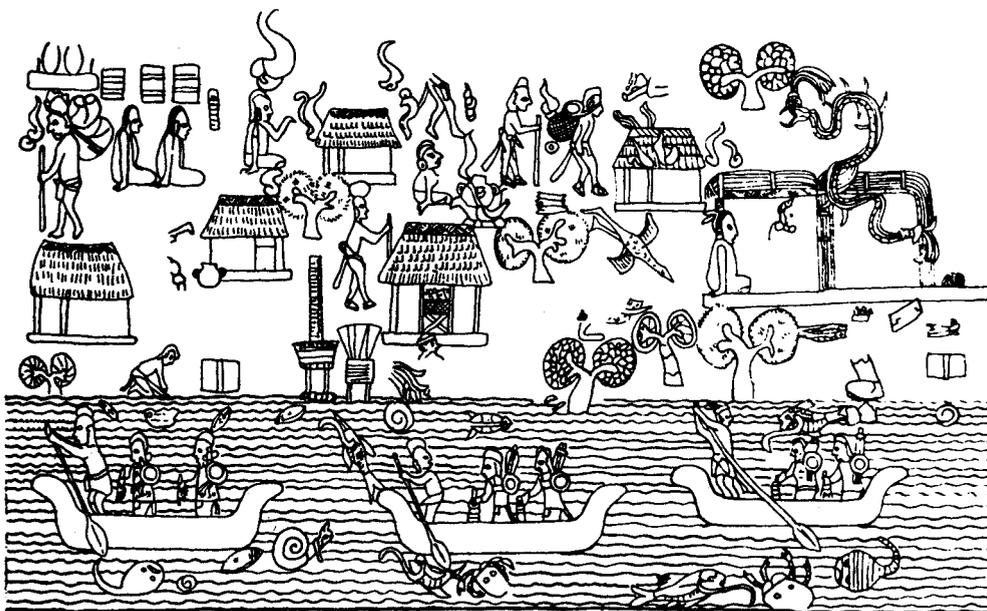
Americanistas —como se denominó inicialmente— que tuvo una estrecha vinculación con el mencionado Archivo. Al año siguiente pasa a llamarse Centro Oficial de Estudios Americanistas y finalmente Centro de Estudios Americanistas.

El acontecimiento que pudo ser la causa determinante de su creación fue la celebración del IV Centenario del Descubrimiento del Océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa, que dio lugar a una exposición cartográfica y a un Congreso Científico, que a su vez determina la publicación de un Catálogo de aquélla. Esta institución comienza la publicación de un Boletín que durante 12 años ininterrumpidos (1913-1925) dio a luz 96 números, punto de partida de investigaciones posteriores y que abren el

camino a la labor científica del futuro, al abordar y dar respuesta inicial a una serie de temas fundamentales de la historia americana.

A la par de esta publicación periódica aparecen una serie de monografías y ven la luz nuevas ediciones de obras clásicas, entre ellas el *Libro de las Longitudes*, de Alonso de Santa Cruz, y los *Coloquios de la Verdad*, de Pedro de Quiroga.

El criterio científico y de rigor documental de los hombres que dirigieron esta etapa americanista se advierte en la publicación de una serie de Catálogos de Fondos del Archivo de Indias, Relaciones Geográficas, Guías de Documentos, Escudos de Armas, Títulos de Ciudades y Villas, Fundación de Pueblos, Erección de Obispos, Cartografía, Láminas,



Bibliografía, Noticias y Crónica Americanista. Aparte de los ya citados, aparecen en este periodo otros acreditados estudiosos e historiadores: Francisco de las Barras de Aragón, Labra, Llorens, Jesús Pabón, Jiménez Placer, entre otros.

Hay entonces una serie de hechos, la conmemoración de la fecha del Descubrimiento, llamada entonces Fiesta de la Raza, la Exposición Hispanoamericana de Sevilla; e instituciones: la Universidad Hispanoamericana, en Sevilla, la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz, que demuestran la presencia del americanismo en el ánimo de estos pioneros de nuestro siglo.

No cabe duda que este primer esfuerzo científico del siglo, hecho con rigor y con competencia en un momento en que las circunstancias y el ambiente debieron ser poco propicios y sin el cual no se hubieran logrado después otras metas de mayor alcance, es digno del mayor elogio.

La segunda institución americanista de este siglo en Sevilla es el Centro de Estudios de Historia de América de la Universidad de Sevilla, entidad predominantemente universitaria, como su nombre indica y que integrará también a elementos del Archivo de Indias. Este Centro se desarrolla paralelamente al Instituto Hispano Cubano de Historia de América y de ahí que ambas entidades tengan una misma dirección técnica.

Su finalidad primordial fue la docencia, que se llevó a cabo median-

te unos cursos en que participaban universitarios, para despertar en ellos la vocación a los estudios de historia de América y formar así a los futuros investigadores. Para esto fueron dotadas unas becas que, en el panorama de entonces, constituyeron una innovación sin precedentes.

El director técnico de la institución, don José María Ots Capdequí, catedrático de Historia del Derecho Español, fue posteriormente autor de una serie de trabajos sobre Derecho Indiano, entre los cuales merece destacarse el *Manual de Historia del Derecho Español en las Indias y del Derecho propiamente Indiano*, hasta la fecha obra única en su género.

Formaron parte de este Centro catedráticos, profesores universitarios y facultativos del cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos, que serían después destacados especialistas, como José de la Peña y Tamayo.

La publicación más importante de esta etapa es *El Real y Supremo Consejo de Indias y la Casa de la Contratación de Sevilla*, del doctor Ernesto Schaefer, que tanto relieve alcanzó como docente e investigador durante los años que vivió en Sevilla. Suyas son también *Las Rúbricas del Consejo de Indias*, que le acreditaron como singular paleógrafo.

Pero el Centro de Estudios de Historia de América, nacido en 1932, durante la II República y que representó un gran avance dentro del proceso iniciado por el Centro de Es-

tudios Americanistas, sólo tuvo vigencia, lógicamente, hasta 1936.

En el año 1935 tiene lugar en Sevilla el XXVI Congreso Internacional de Americanistas, presidido por el doctor Marañón, y con la presencia de destacados especialistas del momento, entre los cuales mencionaremos a Rafael Altamira, Carbia, Dantón Cereceda, Martín Gusinde, Lewis Hanke, Carlos Pereira, Raúl Porras Barrenechea, Rodolfo Reyes y Karl Vossler, que realizaron valiosas aportaciones científicas.

Contemporánea, como ya hemos dicho, al Centro de Estudios de Historia de América es una institución de carácter privado que colaboró estrechamente con él. Se trata del Instituto Hispano Cubano de Historia de América, fundación debida a la iniciativa y mecenazgo de don Rafael González Abreu, cubano, vinculado a Sevilla, que tantas muestras dio de su afán cultural. Director e impulsor de esta Institución fue también Ots Capdequí.

Establecido en el antiguo Convento de los Remedios, junto al puerto de las Muelas, de donde salieron anualmente durante más de dos siglos las naos de la Carrera de Indias, el Instituto alcanzó un gran auge en vida de su fundador; prueba de ello son las investigaciones americanistas que se llevaron a cabo en el Archivo de Protocolos y en el de Indias, de las cuales son fructífero logro los tres volúmenes de Fondos Cubanos del Archivo de Indias, y los cinco de Fondos Americanos del Archivo de

Protocolos. La investigación y transcripción documental fue llevada a cabo por personas que después han sido catedráticos de la Universidad de Sevilla, como Hernández Díaz y Muro Orejón, con la colaboración de archiveros.



Estos valiosos catálogos documentales, de gran interés, abrieron una nueva ruta al iniciar la investigación sobre historia de América en el Archivo de Protocolos, repositorio de una gran riqueza documental para este periodo de la historia. Paralelamente a estos catálogos se publican también algunos libros, con una sólida base documental, como fueron los del investigador don José de la Torre y del Cerro: uno sobre las relaciones de Beatriz Enríquez de Arana y Cristóbal Colón, y otro sobre el Inca Garcilaso de la Vega. Los ya citados profesores Hernández Díaz y Muro Orejón publican el testamento íntegro de don Hernando



Colón, obra poco conocida, pero que constituye hoy día una aportación fundamental para la investigación colombina. El Instituto tuvo su época de esplendor entre los años de 1929 y 1941; aunque subsiste en la actualidad, su labor ha quedado prácticamente extinguida, porque a la muerte de su fundador, sus albaceas y colaboradores no han sabido mantener el noble y filantrópico espíritu que inspiró a aquél.

En 1927 se crea en la Facultad de Letras de la Universidad de Sevilla, la Cátedra de Historia de Arte Hispano Colonial; su primer titular, don Diego Angulo, inicia una nueva actividad americanista en su vertiente artística, consecuencia de la cual es la publicación ya mencionada de los Planos de Monumentos Arquitectónicos de América y Filipinas, y una revista, *Arte en América y Filipinas*, en la que aparecen una serie de trabajos del mismo maestro y de sus discípulos. Uno de ellos, don Enrique Marco Dorta es quien continuará su publicación en una segunda época, pues en 1936 dejó de aparecer. Bajo la dirección del doctor Marco Dorta ya no sólo colaboran en la revista profesores sevillanos o

españoles, sino que abre sus páginas a prestigiosos historiadores del arte americano, entre los cuales se encuentran Guillermo Hernández de Alba, Josefina Muriel, José de Mesa, Teresa Gisbert y Buschiazzo.

Al llegar a Sevilla en 1940, después de la guerra civil, como catedrático de Historia del Derecho Español, Juan Manzano, discípulo de don Rafael Altamira, incansable investigador, y en la actualidad uno de nuestros primeros colombinistas, funda la Sección Sevillana del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, del C.S.I.C., con la cual se reanuda, en una nueva etapa, la actividad americanista. Pertenecieron a esa Sección del Oviedo en Sevilla un grupo de profesores universitarios, como don Manuel Giménez Fernández, don Enrique Marco Dorta y el profesor Calderón Quijano, cuya colaboración científica apareció en los números 9, 11 y 13 de la *Revista de Indias*. Es ésta la iniciación en Sevilla del americanismo a través del C.S.I.C. y es indudable que sirvió para reunir y aglutinar a una serie de investigadores. Así hasta la creación, en 1942, de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, fundada por don

Vicente Rodríguez Casado, en estrecha relación con el C.S.I.C. y la Universidad, que dio un impulso sin precedentes al americanismo sevillano. También por iniciativa de V. Rodríguez Casado, nacen los primeros cursos de verano de La Rábida en agosto de 1943. El incremento de las actividades americanistas sevillanas da como resultado una serie de manifestaciones científicas importantes, en los aspectos de docencia, investigación y publicaciones.

La Escuela, como órgano de la Universidad, otorga el título de diplomado en Historia de América e imparte una serie de enseñanzas que son el precedente de lo que luego constituirán los estudios de licenciatura de la Sección de Historia de América, la primera que se crea en la Universidad de Sevilla después de la tradicional y única Sección de Historia y Geografía. Establece también una serie de becas para americanistas, que son cubiertas por estudiantes procedentes de otras universidades españolas.

A partir de la creación de la Sección de Historia de América, los jóvenes investigadores de la Escuela comienzan a ocupar las cátedras que se crean dentro de la misma Sección, la que alcanza un gran desarrollo y ha dado lugar a dos grandes departamentos: uno de Historia de América y otro de Antropología.

A su vez los cursos de verano de La Rábida dan lugar a la creación de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida, la

cual ha tenido etapas de gran actividad y desarrollo. Por estos cursos, que se han realizado ininterrumpidamente desde 1943, han pasado más de 2 000 universitarios españoles, hispanoamericanos y extranjeros, igual que gran número de profesores.

La Escuela, que al principio tenía una doble función, docente e investigadora, desempeña sólo la segunda y depende únicamente del C.S.I.C. desde 1945, fecha en que, como hemos dicho, se crea la Sección de Historia de América. No obstante, tienen lugar en ella una serie de conferencias, coloquios y reuniones científicas, y colabora de manera eficaz en la preparación de futuros investigadores —prueba de ello es el importante número de tesis doctorales y de licenciatura que se encuentra entre sus publicaciones—, todos ellos formados en disciplinas y especialidades americanistas. Regida actualmente por personal del cuerpo de investigadores del C.S.I.C., la Escuela es un organismo que contribuye decisivamente en la formación de especialistas en las distintas ramas de la Historia de América. Nos es sumamente satisfactorio afirmar que resulta una cadena sin fin, en la que se incrementa constantemente el número de los estudiantes, se eleva el nivel profesional y académico y se opera una transformación positiva en quienes vienen a prepararse, que son luego los encargados de formar a las promociones más jóvenes.

La Escuela mantiene estrechas vinculaciones con la Universidad de

Sevilla. Ello ha hecho posible conmemorar acontecimientos de interés científico. Así pudieron realizarse en los años 1942-43, la I Asamblea de Americanistas con motivo del IV Centenario de las Leyes Nuevas y en 1947 la II Asamblea para conmemorar el IV Centenario de la muerte de Hernán Cortés; en 1959 el II Centenario de la proclamación de Carlos III y el mismo año el I Centenario de la muerte del barón Alejandro Humboldt; en 1960 la conmemoración del V Centenario de la muerte del Infante don Enrique; en 1966 el IV Centenario de la muerte de fray Bartolomé de las Casas, y en 1974 el V Centenario de su nacimiento. Desde 1980 celebramos anualmente en la Universidad de La Rábida, durante una semana del mes de marzo, unas Jornadas sobre Andalucía y América. Se han publicado ya las Actas de las dos primeras, que contienen más

de 100 trabajos de investigación sobre la repercusión andaluza en el Nuevo Mundo.

Entre los logros de la Escuela está —tarea que facilita el hecho de contar con una imprenta propia en nuestros locales— el poder publicar la mayoría de los trabajos realizados divididos, según su índole y contenido, en tres series fundamentales: Monografías, Dos Colores y Mar Adentro, cada una con su propia modalidad, objetivo y formato. Las publicaciones alcanzan, a la fecha, la cifra de 300.

El *Anuario de Estudios Americanos* es la principal publicación periódica y sirve para dar a conocer trabajos e investigaciones documentales y bibliográficas. Ha sido dirigido por Muro Orejón, Florentino Pérez Embid, Céspedes del Castillo, Morales Padrón, y actualmente por la doctora Juana Gil Bermejo, quienes



siempre han tenido como meta abrir el ámbito de sus colaboraciones, sobre todo hacia los extranjeros y los hispanoamericanos en especial. En los 38 volúmenes publicados hasta ahora se puede seguir perfectamente la historia y las vicisitudes de la Escuela.

También se publicó la *Revista de Estudios Americanos*, de síntesis e interpretación de la que aparecieron 111 números hasta 1961.

En 1954 comenzó a aparecer otra revista: *Historiografía y Bibliografía Americanista*, cuya iniciativa y dirección se debieron también a la competencia científica de Morales Padrón. Formaba parte inicialmente del *Anuario de Estudios Americanos* del que fue segregada. Esta serie va ya por el volumen XVI y continúa la labor iniciada en el *Anuario* de recoger la bibliografía americanista en España, además de una serie de informaciones bibliográficas hechas por distintos especialistas europeos y americanos, y que permite seguir la producción bibliográfica y el movimiento científico americanista en los distintos países.

Otra importante tarea a la cual la Escuela ha prestado siempre particular atención, es el incremento de sus fondos bibliográficos. Su Biblioteca, una de las más completas en su género entre las que hoy existen en Europa y América, fue constituida inicialmente con los valiosos fondos del Centro de Estudios de Historia de América, la mayor parte de los cuales habían sido adquiridos por

don Diego Angulo en su viaje a México en 1934. De ahí la valiosa colección de libros antiguos mexicanos con que cuenta. Desde 1942 han estado al frente de ella el investigador francés François Chevalier, Calderón Quijano y Díaz Trechuelo.

Los fondos de la Biblioteca están clasificados por países, circunscripciones geográficas, materias. Posee también una importante sección de revistas y publicaciones periódicas, procedentes de España, de la totalidad de los países americanos y las correspondientes a la especialidad que se publican en Europa y en otras partes del mundo.

Bibiano Torres
Escuela de Estudios
Hispanoamericanos
Sevilla



PROYECTOS DE INVESTIGACION

Matlazahuatl y Guadalupe —México 1737

Trabajo que realiza François Delaporte, investigador a contrato del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

El recurso a intercesores en período de epidemia era una práctica frecuente en la Nueva España. La preocupación por actuar, la publicidad de las supuestas eficacias y la correspondencia entre la naturaleza de la afección y el intercesor adecuado formaban el contenido de esas prácticas que resultaban todo un arte de los recursos (lat. *resorce*: socorro) en aras del restablecimiento de los enfermos.

Pero en 1737 se asiste a la consagración de la supremacía de Nuestra Señora de Guadalupe, la cual se antepone a sus rivales. Su culto, como imagen milagrosa, pasa a ocupar un lugar preponderante; a pesar de algunas resistencias provenientes de Puebla, muy pronto la sumisión es total. El culto a Nuestra Señora de Guadalupe es aceptado como una fabulosa innovación.

Este fenómeno permite algunas preguntas: ¿por qué esta repentina y extendida supremacía? ¿Por qué la multiplicidad de intercesores es sustituida por una única protectora? ¿A qué factores se debe esta aceptación unánime a la cual pronto adhieren el rey y hasta el papa?



De estas y otras preguntas surge el objeto de estudio: la entronización de un culto a raíz de una epidemia de *matlazahuatl*, esto es, el éxito de la apelación a Nuestra Señora de Guadalupe.

Epidemia-intercesión-consagración constituye el *objeto* de estudio, fenómeno que se tratará de analizar y describir y cuya primera manifestación se sitúa en los años 1736-1737 (*tiempo fuerte* del análisis), además de demostrar que esta aceptación y este predominio del culto se mantu-

vieron e inclusive consolidaron, como lo atestigua la fundación de la *Real Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe de Madrid* (1740) y el reconocimiento pontificio del patronato de Guadalupe en la Nueva España (1756), etapa que constituye los *límites últimos* del análisis.

Los historiadores desarrollan la historia de los cuerpos en el campo de la demografía y de la patología históricas; muestran la importancia de las epidemias en la historia de las sociedades; el peso de las "mortalidades", sus repercusiones demográficas, económicas; las correlaciones entre las epidemias y las crisis de subsistencia, los intercambios y las guerras de conquista. Pero el cuerpo también está inmerso en el campo político. Aquí se tratará de estudiar un acontecimiento que, aunque más

tenue, sigue siendo tan real como los que pertenecen a la historia económica en la cual el factor epidemia desempeña un papel de primer orden.

Nuestro problema podría formularse de la siguiente manera: ¿por qué esta correlación necesaria entre la epidemia y la creencia salvadora? Habrá que mostrar que la percepción del saber médico se empalma con esta creencia, se arraiga en ella y, *para nosotros*, encuentra en ella extrañas motivaciones. Habrá que describir la intención que fue invocada para establecer una relación entre *matlaza-huatl* y el culto marial.

Vemos entonces que existen dos maneras de enfocar esta investigación. La primera consistiría en inscribirla en el marco del estudio de las mentalidades; la segunda, en el marco del estudio de las epidemias. Es-



(pasa a pág. 43)

EL CARIBE MESOAMERICANO EN LA EPOCA DE LA CONQUISTA

Arturo Gómez*

Introducción

Mesoamérica tiene como frontera oriental, en la zona que corresponde a la península de Yucatán, al Mar Caribe. Esta frontera, como otras, tenía en la época prehispánica considerable importancia ya que, lejos de ser una barrera, era la que vinculaba a los grupos mesoamericanos con sus vecinos de las Antillas, Centroamérica y el norte de Sudamérica. Por otro lado, fue ésta la región en que se dieron los primeros contactos entre los conquistadores europeos y una de las civilizaciones más representativas de Mesoamérica. El conocimiento cabal de esta zona en la época de la conquista tiene por lo tanto doble importancia: por una parte, saber del papel que desempeñaba el litoral del Caribe mesoamericano en relación al mundo maya, del que formaba parte importante en esa época, y al mundo mesoamericano en general; por la otra, enterarnos de los primeros momentos del descubrimiento y conquista en esta región del Nuevo Mundo, que son determinantes para entender en conjunto el proceso en que desembocan, chocan, luchan y se mezclan nuestros orígenes.

Diez años después de haber desembarcado en San Salvador, ya en el último de sus viajes, Colón se encontró con una gran canoa en las Islas de la Bahía, frente a la costa norte de Honduras. Este encuentro ha sido considerado tradicionalmente como el primer contacto entre los conquistadores europeos y una de las civilizaciones que formaban el complejo que ahora denominamos Mesoamérica. Ni para el Almirante ni para sus hombres las canoas eran una novedad; las habían observado y se habían servido de ellas desde el primer viaje en las Bahamas y las Antillas y continuaron haciéndolo en la tierra firme; sin embargo la canoa del cuarto viaje inmedia-

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

tamente atrajo la atención de conquistadores y cronistas y ha seguido despertando el interés de modernos investigadores.

No sería sino hasta quince años más tarde, una vez que habían tomado firme posesión de las Antillas, sobre todo Cuba, su avanzada más occidental en el Caribe, cuando los españoles comandados por Francisco Hernández de Córdoba y dirigidos por Antón de Alaminos (que acompañó al Almirante en el cuarto viaje y había sido piloto mayor de la expedición de Ponce de León a la Florida en 1513) iniciaron, al desembarcar en el extremo noreste de la península de Yucatán, el proceso que culminaría con la conquista del poderoso imperio mexicano en esta parte del continente que apenas empezaba a dibujarse ante los asombrados ojos de los intrépidos aventureros europeos.

Grijalva, un año después, desembarcó en la isla de Cozumel, recorrió buena parte de la costa oriental que baña el Caribe en la península de Yucatán, la que rodeó en poco tiempo, y exploró parte de la costa del Golfo hasta la frontera septentrional de lo que hoy llamamos Mesoamérica, de tal manera que la evidencia del punto más importante de la región acaparó la atención de los conquistadores y se empezó a concentrar en el interior del continente hacia el lugar del que irradiaba el mayor poder de toda la zona en ese momento, mientras que la "isla" de Yucatán pasaba a un segundo término para los intereses de los europeos.

Cortés con los informes de Grijalva realizó, al poco tiempo, más o menos el mismo recorrido que éste, y después de una brillante victoria en Tabasco sobre los maya-chontales emprendió la conquista que lo inmortalizaría. Conseguida ésta, volvió a pisar territorio maya-chontal, esta vez por el interior, cuando llevó a cabo su épica marcha a las Hibueras.

La conquista de Yucatán, que constituye un capítulo aparte en la historia del Nuevo Mundo, fue un proceso complejo y accidentado, y a veces difícil de seguir; sin embargo y como quiera que haya sido, marcó el definitivo fin de un mundo cuya brillantez asombra cuando lo observamos con detalle.

De estos viajes procede la mayor parte de nuestra información sobre el Caribe mesoamericano en la época de la conquista; ésta se complementa y confirma con la que, sobre todo en años recientes, han logrado sacar a flote historiadores, arqueólogos y otros estudiosos, y que tiende a ser cada vez más abundante.

De todos estos acontecimientos procuraremos destacar lo que interesa para nuestra zona de estudio. Es nuestra intención considerar, ante todo, los testimonios de sus primeros actores y cronistas, para después tomar en cuenta los de posteriores exploradores e investigadores, hasta llegar a los contemporáneos, para intentar, hasta donde nos sea posible, lograr no sólo la visión de los propios hechos, sino la forma en que éstos han sido interpretados.

Colón

Pedro Mártir es el primer cronista que menciona el encuentro entre mesoamericanos y europeos, habla de dos canoas cuyos tripulantes pensaron que Colón era un mercader que volvía de otras tierras, dice que estos indígenas celebraban ferias y que transportaban “. . .objetos que vender —como cascabeles de latón, navajas, cuchillos, hachas de una piedra dura, amarilla, transparente y brillante, con mangos de una especie de madera resistente, utensilios, cacharros de cocina y alfarería— admirablemente fabricados, en parte de madera y en parte del mismo mármol, pero sobre todo llevaban mantas y objetos de algodón, tejidos de varios colores. . .”¹

La descripción del imprescindible Las Casas es más detallada, habla de una canoa con veinticinco hombres además de mujeres y niños “. . .cargada de mercaderías del Occidente y debía ser, cierto, de tierra de Yucatán, porque está cerca de allí. . .”, la canoa tenía un toldo de palma y además de los objetos que menciona Mártir, añade “. . .hachuelas de cobre. . . patenas y grisoles para fundir el cobre; muchas almendras de cacao, que tienen por moneda en la Nueva España y en Yucatán y en otras partes. . .”²

El hijo del Almirante (que lo acompañaba en ese viaje) dice que la canoa venía cargada de mercancías de la Nueva España, que por ella se tuvieron noticias de ésta, pero que Colón no quiso seguir los informes de los indígenas porque lo que le interesaba era encontrar el estrecho que lo llevaría a las “tierras de la Especiería”.³

En un informe del Adelantado, hermano del Almirante, también testigo del encuentro, se dice que “. . .apresaron una nave suya cargada de mercancías y mercaderías la cual decían que venía de una cierta provincia llamada Maiam en el Iucatam. . .”⁴

Por lo que respecta a investigadores modernos tenemos los siguientes testimonios:

1. Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, estudio y apéndices de Edmundo O’Gorman, trad. de Agustín Millares Carlo, 2 v., México, José Porrúa e Hijos, 1964 (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana, 6, Primera Serie: La Conquista, VI), v. I, p. 317-318.

2. Fray Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, ed. de Agustín Millares Carlo, estudio preliminar de Lewis Hanke, 3 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1965 (Biblioteca Americana, Serie de Cronistas de Indias), v. II, p. 274-275. Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos, en las islas y tierra firme del Mar Océano*, pról. de J. Natalicio González, 10 v., Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía, 1944, v. II, p. 16-17.

3. Hernando Colón, *Vida del Almirante Cristóbal Colón escrita por su hijo. . .* ed., pról. y notas de Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1947, 346 p. (Biblioteca Americana, Serie de Cronistas de Indias), p. 274-276.

4. Bartolomeo Colombo, “Informatione di. . . della navigazione di ponente et garbin di Beragua nel Mondo Novo” Harrisse, *Bibliotheca americana vetustissima. A description of works relating to America published between the years 1492 and 1551*, New York, Geo. P. Philes, publisher, 1866, LVI-520 p., appendix, p. 471-474.

Lothrop⁵ comenta el encuentro con la canoa al describir el descubrimiento de Yucatán y concluye que “ya que la costa norte de Honduras, a menos de 30 millas de Guanaja (una de las Islas de la Bahía) era llamada ‘Maia’, no hay ninguna necesidad de relacionar la canoa con Yucatán”. Al referirse al Informe del Adelantado cita a Brinton,⁶ quien asegura (*vide* Berendt) que las palabras “en el *Juncatam*” del dicho Informe de Bartolomé Colón son una adición posterior al manuscrito original. En un trabajo posterior después de un examen más detallado de las evidencias, nos dice que: “Los objetos capturados en la canoa por Colón incluían metal y espadas con filos de pedernal, que probablemente viajaban de Honduras a Yucatán, donde no se encuentra metal ni pedernal.”⁷

Blom,⁸ autor de una de las primeras obras dedicadas al comercio y transacciones mayas, destaca del encuentro el hecho de que el primer contacto entre españoles y mayas haya sido con un comerciante de los últimos y que desde el principio nos encontremos con mercancías y dinero.

Tozzer en sus notas a la *Relación de las cosas de Yucatán*, describe el encuentro al comentar el testimonio de Landa sobre la navegación entre Tabasco y Yucatán, la esclavitud y el comercio mayas.⁹

Para Morison, importante biógrafo de Colón, lo que el Almirante vio fue “una interesante muestra de la arquitectura naval india” que por el cargamento “demostró provenir de una civilización bastante más adelantada que la de ninguna otra región del Nuevo Mundo visitada hasta entonces” y que “evidentemente estos indios estaban comerciando entre Bonacca y la Honduras continental.”¹⁰

5. S. K. Lothrop, *Tulum; an archaeological study of the east coast of Yucatan*, Washington, Carnegie Institution of Washington, 1924, VIII-180 p., ill., maps (Publication No. 335), p. 13.

6. Daniel G. Brinton, *The Maya chronicles*, Philadelphia, D. G. Brinton, 1882, 280 p. (Brinton's Library of Aboriginal American Literature No. 1), p. 10.

7. S. K. Lothrop, “The word ‘Maya’ and the fourth voyage of Columbus”, *Indian notes, Museum of the American Indian, Heye Foundation*, New York, Heye Foundation, 1927, v. 4, no. 4, p. 350-363, map. Lothrop observa que gracias al encuentro entre Colón y la canoa, la palabra maya (*Maia*), apareció en letras de imprenta por primera vez en 1516 (Pedro Mártir, 3a. dec., publicada en Alcalá de Henares), antes del descubrimiento “oficial” de Yucatán (1517). También Carl Ortwin Sauer, *The early Spanish Main*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, London, Cambridge University Press, 1966, XII-306 p., ill., maps, p. 125.

8. Frans Blom, “Commerce, trade and monetary units of the Maya”, *Middle American papers; studies relating to research in Mexico, the Central American Republics, and the West Indies*, New Orleans, The Department of Middle American Research, The Tulane University of Louisiana, 1932, XII-566 p., ill., maps. (Middle American Research Series, Pub. No. 4), p. 531-556, map, p. 533-534.

9. Alfred M. Tozzer, *Landa's Relación de las cosas de Yucatán*, A translation edited with notes by. . . Cambridge, Mass., Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University, 1941, XIV-398 p., ill., maps (Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University, Vol. XVIII), p. 5 *nota* 23, p. 35 *nota* 175, p. 95 *nota* 416.

10. Samuel Eliot Morison, *El Almirante de la Mar Océano; Vida de Cristóbal Colón*, trad. de Luis

Ramón Iglesia (tal vez basado en el relato de Morison) dice, en nota al pasaje citado de la *Vida del Almirante*. . . escrita por su hijo (p. 274 *nota*), que éste “que escribía su relato unos treinta años después de lo ocurrido, quiere dar a entender que su padre tuvo entonces noticias de la existencia de la Nueva España. Hoy ni siquiera se admite que los indios de la canoa fuesen mayas de Yucatán, como han supuesto algunos autores, sino habitantes de la costa de Honduras.”

J. E. S. Thompson, en un trabajo dedicado a la navegación maya, señala que la canoa debe haber llevado unas cuarenta personas y un cargamento considerable, que sus tripulantes eran mercaderes en gran escala y que es la primera evidencia de que los mayas y sus vecinos mesoamericanos tenían una gran experiencia en navegación.¹¹

Alberto Ruz al hablar del comercio entre los mayas nos dice que “por la costa y los ríos que abundan en la parte meridional de la península y en Tabasco, se realizaba el comercio entre los centros de Guatemala y los de las llanuras de Campeche y Tabasco así como con los pueblos del litoral. Como se recordará, Colón se cruzó con comerciantes mayas en las Islas de la Bahía, frente a Honduras, los que llevaban en su canoa armas y adornos.”¹²

C. O. Sauer en un magnífico trabajo que resume los primeros años de la conquista, hace una detallada descripción del encuentro, examinando casi toda la documentación al respecto: “El saqueo de la canoa mercante proporcionó un conocimiento previo de un extenso y elaborado comercio, en este caso entre el México central y el Golfo de Honduras. El cargamento era traído del occidente y parte de él venía de lugares lejanos. . .”, después de proponer los posibles lugares de origen de los productos, dice que: “Este fue el primer contacto con una clase de comerciantes que más tarde se encontraría por toda la Nueva España y aún más allá. . .”, que: “El uso de semillas de cacao como moneda, la celebración de ferias, la diversidad de los productos de comercio, y el mercader propietario, señalaban un estilo de vida muy diferente y más complejo que el de las Antillas. . . lo que Colón encontró en la nave

A. Arocena, pról. de Héctor R. Ratto, Buenos Aires, Librería Hachette, 1945, XL-856 p., ils., mapas, p. 725-726, *apud* S. K. Lothrop, “The word ‘Maya’ . . .” En un trabajo posterior dice Morison que: “la canoa venía de tierra firme, y después de comerciar en las Islas de la Bahía se dirigía a la Isla Coronel [¿Cozumel?] en la costa de Yucatán, emporio nativo del tráfico en el Caribe”, S. E. Morison, *The european discovery of America. The southern voyages, A. D. 1492-1616*, New York, Oxford University Press, 1974, XVIII-758 p., ils., maps., p. 241.

11. J. Eric S. Thompson, “Canoes and navigation of the Maya and their neighbours”, *The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. LXXIX, London, Royal Anthropological Institute, 1951, p. 69-78, ils.

12. Alberto Ruz Lhuillier, *La civilización de los antiguos mayas*, presentación de Felipe Martínez Arango, 2a. ed., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1963, 122 p., ils., mapas (Serie Historia, X), p. 55.

mercante indígena y cuyo significado no reconoció, era un elaborado y extenso comercio nativo que pudo haberlo guiado a los placeres de oro de Honduras o a las ciudades de Yucatán. Los desembarcos en la isla Guanaja y la tierra firme adyacente fueron los primeros contactos europeos con una de las grandes culturas del Nuevo Mundo, que más tarde se sabría que llegaban por el norte hasta el río Pánuco. . .”, “. . . que los indígenas eran mayas, parte de la cultura conocida como mesoamericana, lo prueba la información adicional a la de la canoa mercante. Ferdinando [el hijo de Colón] recordaba que no tenían las anchas caras de los isleños. Pedro Mártir oyó hablar de ellos como altos y bien proporcionados, también que cultivaban maíz y yuca, ages y batatas, mirobálanos y arbustos de algodón. . .” Y más adelante que “En este último viaje Colón pudo haberse anticipado a Cortés en México y Balboa en el Océano Pacífico. No haber hecho ninguna de las dos cosas está de acuerdo con su conducta y puntos de vista de los años anteriores.”¹³

En un trabajo posterior al citado antes, al comentar las rutas marítimas prehispánicas, Thompson concluye que “. . . lo más probable, parece, es que la embarcación hubiera rodeado la península de Yucatán, habiendo partido tal vez del gran centro comercial de Xicalango, y el término de su viaje hubiera sido la parte meridional del Golfo de Honduras. De ser así, eso indicaría una larga travesía con comercio activo en muchos puertos de la ruta. Podemos suponer que mercaderes y tripulación eran putunes (maya-chontales), los fenicios de Mesoamérica. . . Es evidente que el comercio por mar estaba muy bien organizado y se hacía en gran escala.”¹⁴

Esta revisión de las principales fuentes y algunos de los comentarios posteriores sobre el encuentro con la canoa del cuarto viaje, confirma las impresiones de los primeros cronistas. Aunque en alguna época se negó o se puso en duda la capacidad náutica de los mayas, ahora, me parece, se considera como un hecho que la canoa estaba relacionada con el tráfico alrededor de la península de Yucatán y que tal encuentro fue el primero entre los europeos y una de las civilizaciones mesoamericanas, tal como lo afirmaron el Padre Las Casas y el hijo del Almirante y hoy lo corroboran Thompson y Sauer entre otros.

Hernández de Córdoba

Por lo que se refiere a la expedición de Hernández de Córdoba (1517), que no seguiremos con detalle y de la que sólo destacaremos lo que está relacionado con

13. C. O. Sauer, *op. cit.*, p. 128-130, 138.

14. J. Eric S. Thompson, *Historia y religión de los mayas*, trad. de Félix Blanco, 1a. ed. en español, México, Siglo XXI Editores, 1975, VIII-488 p., ils., mapas, p. 164.

el área de nuestro estudio, según el verídico relato de Bernal, la primera sorpresa surgió aun antes de desembarcar: “. . . vimos un gran pueblo. . . y viendo que era gran poblazón y no habíamos visto en la isla de Cuba ni en la Española pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cairo.” Nombre que también hace referencia a las “casas de cal y canto” que eran otra novedad para los conquistadores. Las habituales canoas “en que caben cuarenta indios”, salieron a recibirlos “. . . y —observa Bernal— venían a remo y vela.” Los indígenas les parecieron “hombres de más razón que los de Cuba”; “traían vestidos de ropa de algodón [como los que habían visto en la canoa del cuarto viaje de Colón] y tenían oro y labranzas de maizales. . .”, dirá más adelante. Sin embargo la sorpresa principal sobrevino al desembarcar; no lejos de donde tenían sus templos e ídolos, un ejército indígena los esperaba; quince españoles fueron heridos en el encuentro. A continuación los aventureros rodearon la península de Yucatán y desembarcaron en un lugar llamado Campeche por los nativos en donde observaron más pirámides “con muchos bultos de serpientes y culebras grandes” e ídolos; los indígenas también los esperaban en pie de guerra, pero los españoles, aún no repuestos del encuentro anterior, prefirieron reembarcarse. El siguiente desembarco fue en la “Bahía de la Mala Pelea”; los indígenas de Champotón o Potonchán también los esperaban; después de preguntarles si eran los hombres que venían de donde sale el sol, cosa que parece que también les preguntaron los de Cabo Catoche, les hicieron probar el filo de las “espadas de navaja” que por primera vez habían visto en el cargamento de la canoa del cuarto viaje del Almirante; murieron cerca de cincuenta españoles y los restantes emprendieron el regreso a Cuba.¹⁵

El relato de Las Casas difiere a veces del de Bernal; el primer desembarco intencional en “tierra mesoamericana” fue en Cozumel y no en tierra firme. El objetivo de la expedición era de plano “. . . ir a saltar indios donde quiera que los hallasen o en las islas de los Lucayos, aunque ya estaban, como arriba hubo parecido, destruidos. . .”¹⁶ Mientras que Bernal asegura que para Diego Velázquez se trataba de “. . . ir con aquellos tres navíos a unas isletas que estaban entre la isla de Cuba y Honduras, que ahora se llaman las islas de los Guanaxes [las Islas de la Bahía que Colón descubrió en 1502], y que habíamos de ir de guerra y cargar los navíos de indios de aquellas islas. . .”, pero que los aventureros decidieron descubrir tierras nuevas

15. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, intr. y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 4a. ed., 2 v., México, Editorial Porrúa, 1955 (Biblioteca Porrúa, 6, 7), I-41, 44-57. Para una bibliografía completa de la expedición de Hernández de Córdoba, véase de Henry R. Wagner, *The discovery of Yucatan by Francisco Hernandez de Cordoba. A translation of the original texts with an introduction and notes by. . .* Berkeley, Cal., The Cortes Society, 1942, VIII-86 p., maps. (Documents and Narratives Concerning the Discovery and Conquest of Latin American, New Series, n. 1).

16. Fr. B. de las Casas, *op. cit.*, v. III-156.

porque “. . . no lo manda Dios ni el rey, que hiciésemos a los libres esclavos.”¹⁷ Landa, en cambio dice “Que el año de 1517, por cuaresma, salió de Santiago de Cuba Francisco Hernández de Córdoba con tres navíos a rescatar esclavos para las minas, ya que en Cuba se iba apocando la gente. Otros dicen que salió a descubrir tierra y que llevó por piloto a Alaminos y que llegó a la Isla de Mujeres. . .”¹⁸

Como quiera que haya sido, la intención principal, parece, era la de esclavizar indígenas, puesto que a estas alturas los españoles habían exterminado casi todos los de las Antillas y Bahamas (Lucayas). Ya que habían salido de Santiago, dice Las Casas, el piloto Alaminos habló con Hernández de Córdoba de una “tierra muy rica”, de la que había oído cuando navegaba con el Almirante.¹⁹ Alaminos, hay que recordarlo, había asistido al encuentro con la canoa del cuarto viaje en las Islas de la Bahía. Ir a saltear indígenas al Golfo de Honduras era una solución práctica para remediar la escasez de mano de obra y había sido llevada a cabo cuando menos en dos ocasiones, aunque no con muy buenos resultados. Refiere el mismo Las Casas que en el año anterior al de la expedición de Hernández de Córdoba, dos embarcaciones, enviadas por el gobernador Diego Velázquez, salieron de Santiago a cautivar indios de las Islas de la Bahía (Guanajes); uno de los barcos permaneció en las islas y el otro, con los esclavos, regresó a Cuba por el puerto de Carenas (hoy La Habana); en este lugar, mientras la mayor parte de la tripulación descansaba en tierra, los indígenas que habían hecho todo el viaje encerrados bajo cubierta, se apoderaron del navío, mataron a los ocho españoles que habían permanecido a bordo y “. . . como si toda su vida fueran experimentados en aquel oficio de navegar, cosa maravillosa. . . alzan a su placer sus anclas del navío, suben harto más ligeramente por la jarcia que los marineros, y sueltan sus velas y comienzan a navegar derechos a sus islas, que distan de allí más de 250 leguas.” Enterado Velázquez de lo sucedido envió nuevas naves “para que fuesen tras los indios alzados, y socorrer a los 25 que habían quedado en la isla. . .” Estas, después de incidentes parecidos a los que padecieran las anteriores, con “. . . 400 personas, mujeres y hombres que pudieron retener de los que habían salteado [en las Islas de la Bahía] y más de 20 000 pesos de oro bajo, dieron la vuelta y llegaron a La Habana.”²⁰ De estas depredaciones podemos inferir que los indígenas del litoral de la península de Yucatán pudieron haber sabido de la presencia e intenciones de los españoles, gracias a los hábiles navegantes de

17. B. Díaz del Castillo, *op. cit.*, I-43.

18. Fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, 9a. ed., intr. por Ángel Ma. Garibay K., México, Editorial Porrúa, 1966, XX-254 p. (Biblioteca Porrúa, 13), p. 7.

19. Fr. B. de las Casas, *op. cit.*, v. III-157.

20. *Ibidem*, v. III-142-145. Eduard Conzemius, “On the aborigines of the Bay Islands (Honduras)”, XXII Congreso Internazionale degli Americanisti, *Atti del. . . Roma 23-30 Settembre, 1926*, Roma, Istituto Cristóforo Colombo, 1928, II-57-68, p. 59-60.

las Islas de la Bahía, lo que explicaría su belicosa actitud con Hernández de Córdoba y sus compañeros. Por otra parte, como Sauer destaca, la curiosa historia confirma la observación de Bernal acerca del uso de velas en las canoas por los nativos de estos mares. “¿Cómo entonces pudieron apoderarse los cautivos habitantes de las Islas de la Bahía del barco español en la bahía de La Habana y consiguieron navegando a vela regresar hasta sus islas?”²¹

Canoas con velas habían sido observadas ya en las Antillas. Fernández de Oviedo, al describirlas y celebrar sus cualidades, no sin antes invocar a Plinio y las naves de un leño de las Indias Orientales, nos dice que las hay para cuarenta y cincuenta hombres y que “. . .navegan con velas de algodón y al remo. . .” y más adelante, al hablar de los indios cueva de Panamá dice que “. . .hay canoa que lleva cincuenta o sesenta hombres y más, y con sus árboles y velas de algodón, y son muy diestros en ellas. . .”²² En la primera de las *Cartas de relación* de Cortés, narran los compañeros de éste, que Jerónimo de Aguilar se reunió con ellos en la isla de Cozumel, a la que llegó en una “canoa a la vela”.²³ En la parte que Bernal dedica al final de la expedición de Cortés a Honduras habla de una canoa mercante “a remo y a vela”, observada a la entrada del Golfo Dulce.²⁴ Otra interesante descripción de canoas a vela proviene de la *Relación* del viaje de fray Alonso Ponce quien en 1586 con un grupo de compañeros navegó a través del Golfo de Fonseca en la costa de Honduras en el Pacífico en tres canoas, en cuya descripción se nos dice que “ordinariamente las llevan a remo, aunque algunas veces les ponen velas de mantillas de algodón o de petates.”²⁵ Thompson destaca al respecto que el hecho de que las velas fueran de algodón o petate apoya con firmeza la tesis del uso aborigen de velas en tal área ya que velas indígenas de tal tipo fueron observadas en otras partes del Nuevo Mundo.²⁶ Finalmente, refiere López de Cogolludo que en 1641 el padre Fuensalida y sus compañeros cruzaron la laguna de Bacalar en una canoa doble y ayudados con

21. C. O. Sauer, *op. cit.*, p. 215.

22. Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano*, pról. de J. Natalicio González, notas de José Amador de los Ríos, 14 v., Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía, 1944-45 (Biblioteca de Historiadores de Indias), v. I-305-306 y v. VIII-57.

23. Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, Intr. de Mario Hernández Sánchez-Barba, México, Editorial Porrúa, 1963, XXIV-616 p. (Biblioteca Porrúa, 2), p. 14.

24. B. Díaz del Castillo, *op. cit.*, II-214-215.

25. Antonio de Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*, edición, estudio preliminar, apéndices, glosarios, mapas e índices por Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras, pról. de Jorge Gurría Lacroix, 2 v., 2a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976 (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias: 6), I-232.

26. J. Eric S. Thompson, “Canoes and navigation of the Maya. . .”, p. 72.

velas.²⁷ A todos los anteriores testimonios Thompson añade el del *Diccionario de Motul*, escrito en las últimas décadas del siglo XVI, en donde se encuentran las palabras *bub* con el significado de “vela” y “hacerse a la vela” y *bubil* con el de “navegar a vela o velas”, para concluir que “. . . es desde luego bien conocido el uso de velas en las costas occidentales de Sudamérica. Por lo tanto, ya que sabemos del uso de velas en diversas partes del Nuevo Mundo, podemos aceptar las afirmaciones de Díaz del Castillo y los hombres de Cortés, de que también eran conocidas en el área maya. . . Me parece que podemos atribuir a los mayas y pueblos vecinos de Mesoamérica una mayor maestría en navegación de la que hasta ahora se ha supuesto.”²⁸

Grijalva

En 1518 una nueva expedición comandada por Juan de Grijalva y en la que venían como capitanes Francisco de Montejo, Alonso Dávila y Pedro de Alvarado y nuevamente como piloto Alaminos, prosiguió la exploración de Hernández de Córdoba. El primer desembarco fue en Cozumel, donde observaron muchos edificios de piedra, abundancia de cera y miel y se hicieron de “. . . una india moza, de buen parecer [que] comenzó de hablar en la lengua de la isla de Jamaica. . . y como muchos de nuestros soldados y yo entendimos muy bien aquella lengua, que es como la propia de Cuba, nos admiramos de verla y le preguntamos que cómo estaba allí, y dijo que haría dos años que dio al través con una canoa grande, en que iban a pescar desde la isla de Jamaica a unas isletas diez indios jamaicanos, y que la corriente les echó en aquella tierra. . .”²⁹

El relato de la india de Jamaica no es tampoco el primer indicio de posibles contactos entre los aborígenes de estas regiones y los de las islas del Caribe o viceversa, pero nos puede servir de pretexto para examinar las señales que apuntan hacia estos

27. Diego López de Cogolludo, *Historia de Yucatán*, pról., notas y apéndices de Justo Sierra O'Reilly, 3 v., 4a. ed., Campeche, Comisión de Historia, 1954, v. III-265.

28. J. E. S. Thompson, “Canoes and navigation of the Maya. . .”, p. 72-74.

Representaciones de canoas existen en códices, murales y algunos objetos mayas, las más conocidas y más bellas tal vez son las que están labradas en huesos hallados en la tumba del templo I de Tikal, que parecen ilustrar una ceremonia relacionada con la navegación. Posibles representaciones de canoas con velas, que yo sepa, sólo han sido observadas en algunos graffiti de Tikal (Helen T. Webster, “Tikal graffiti”, *Expedition/The Bulletin of the University Museum of the University of Pennsylvania*, v. 6, núm. 1, Fall 1963, p. 37-47, ills.). E. Conzemiús, *op. cit.*, p. 60, asegura que los mayas de Yucatán y los caribes isleños utilizaban velas en sus canoas, que probablemente de los primeros aprendieron a usarlas los aborígenes de las Islas de la Bahía.

29. B. Díaz del Castillo, *op. cit.*, I-62.

probables contactos y que se remontan al primer viaje del Almirante en que vieron en Cuba a un nativo con un objeto de plata labrada colgado en la nariz,³⁰ lo que según Sauer es uno de los indicios de contacto aborigen con México.³¹ En el *Chilam Balam de Chumayel* se dice que “. . . 5 Ahau [1342-1362] era cuando llegaron extranjeros a comer hombres. Extranjeros sin ropa se llamaban. No se despobló la región por ellos.”³¹ En una nota que resumen Barrera Vásquez y Morley,³³ Roys añade: “Brinton³⁴ y Martínez³⁵ consideran que estos invasores eran caribes debido a la mención del canibalismo y la desnudez. Hasta mediados del siglo XVIII, indios mosquitos de Río Tinto, Honduras, atacaban en canoas la costa oriental de Yucatán. . . Parece probable que en la época precolombina se produjeran incursiones similares. . .”³⁶

A pesar de que hay bastantes evidencias no es fácil establecer con precisión si los indígenas de las Antillas tenían contactos con los mayas, o si los navegantes mayas tenían o habían tenido contactos con aquéllos. Durante el primer viaje, en la Española, parece que Colón tuvo ya noticias del continente: “. . . supo el Almirante que aquella isla Española o la otra isla Jamaica estaba cerca de tierra firme 10 jornadas de canoa, que podía ser 60 o 70 leguas, y que era la gente vestida allí.”³⁷

Narra el hijo del Almirante que en el segundo viaje en la isla de Guadalupe en las Antillas menores “. . . se supo que a la parte del Mediodía había muchas islas, unas pobladas y otras no. . . Pero la tierra firme, que decían ser muy grande, tanto ellos como los de la Española la llamaban Zuania. Porque en otros tiempos habían venido canoas de aquella tierra a comerciar con mucho oro. . .”³⁸

En una carta al rey de abril de 1514 Diego Velázquez relata que había sido informado “. . . por caciques e indígenas de que ocasionalmente habían venido ciertos

30. Fr. Bartolomé de las Casas, *op. cit.*, v. I-226. Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XVI*, 5 v., Buenos Aires, Editorial Guaranía, 1945, I-189.

31. C. O. Sauer, *op. cit.*, p. 24.

32. Ralph L. Roys, *The book of Chilam Balam of Chumayel*, ed. by. . . Introduction by J. Eric S. Thompson, Norman, University of Oklahoma Press, 1973, XVI-232 p., ill., maps (The Civilization of the American Indian Series, vol. 87), p. 142.

33. Alfredo Barrera Vásquez y Sylvanus Griswold Morley, *The maya chronicles*, Washington, Carnegie Institution of Washington, 1949, 86 p. (Contributions to American Anthropology and History, núm. 48). Reprinted from Carnegie Institution of Washington, publ. 585, 1949, p. 1-86, p. 50-51.

34. D. G. Brinton, *op. cit.*, p. 175.

35. Juan Martínez Hernández, *Crónicas mayas*, ed. de Carlos R. Menéndez, Mérida, 1940.

36. R. L. Roys, *op. cit.*, p. 142, nota 1; R. L. Roys, *The indian background of colonial Yucatan*, 2a. ed., Introductory note by J. Eric S. Thompson, Norman, University of Oklahoma Press, 1972, maps, ill., XVI-244 p. (The Civilization of the American Indian Series, vol. 118), p. 70.

37. M. Fernández de Navarrete, *op. cit.*, I-262. Brinton, *op. cit.*, p. 9.

38. Hernando Colón, *op. cit.*, p. 147.

indios de otras islas más allá de Cuba, hacia la parte del Norte, navegando cinco o seis días en canoa y que éstos daban noticia de otras islas que quedaban más allá de las suyas.” Sauer especula que esas islas no podían ser Florida y Bimini que Ponce de León había descubierto el año anterior y que lo más probable es que los indígenas vinieran del otro lado del Canal de Yucatán. Añade que es muy poco lo que se conoce de la navegación marítima maya, menciona los reportes de Las Casas³⁹ de hallazgos de cera de abeja en Cuba que debía proceder de Yucatán y que “. . . ocasionalmente se han descubierto piezas de cerámica maya en Cuba. Difícilmente —sigue diciendo Sauer— puede haber pasado desapercibida la conspicua migración estacional de aves terrestres a través del Canal de Yucatán. Es razonable suponer que los isleños, que recorrían libremente los mares y conocían los indicios de tierra, llegaron también a Yucatán.”⁴⁰ Por otra parte, Sauer menciona el probable origen mesoamericano de plantas cultivadas en algunas de las islas (maíz, frijoles, calabazas), y perros que no ladraban criados para ser comidos como en México.⁴¹

Dos autores yucatecos, Crescencio Carrillo y Ancona y Eligio Ancona, dan por hecho que los mayas de la época de la conquista visitaban frecuentemente algunas de las Antillas para comerciar.⁴²

Un autor contemporáneo refiere que Colón oyó hablar de los mexica colhuás o colhuás de México por primera vez “. . . en las Antillas, donde los indios respondían a sus interminables preguntas sobre los países del este, repitiendo: ‘colhuás, colhuás’ ”,⁴³ pero no proporciona fuentes.

Con algunos de éstos y otros testimonios Irving Rouse⁴⁴ ha resumido el problema de contactos entre Mesoamérica y las Antillas; advierte que tres autores previamente lo han considerado en detalle y con diferentes resultados. S. Lovén⁴⁵ concluye que “. . . el contacto era considerable, puesto que hay una serie de características mesoamericanas y antillanas tan semejantes que deben haberse difundido del continente

39. Fr. B. de las Casas, *op. cit.*, I-245-246. M. Fernández de Navarrete, *op. cit.*, I-214.

40. C. O. Sauer, *op. cit.*, p. 212-213.

41. *Ibidem*, p. 54-59. Las Casas, *op. cit.*, I-215, 221-222, 231, 388, 414.

42. Crescencio Carrillo y Ancona, “El comercio en Yucatán antes del Descubrimiento”, en Congreso Internacional de Americanistas. *Actas de la undécima reunión, México, 1895*, México, Agencia Tipográfica de F. Díaz de León, 1897, 576 p., p. 203-208. Eligio Ancona, *Historia de Yucatán; desde la época más remota hasta nuestros días*, 3a. ed., v. IV, Mérida, Club del Libro, 1951 (Club del Libro, vol. 28), I-69-70.

43. Eric Wolf, *Pueblos y culturas de Mesoamérica*, trad. de Felipe Sarabia, 1a. ed. en español, México, Ediciones Era, 1967, 252 p. (Biblioteca Era, Ensayo), p. 121.

44. Irving Rouse, “Mesoamerica and the eastern caribbean area”, en Robert Wauchope (ed.), *Handbook of Middle American Indians*, 16 v., v. IV; Gordon F. Ekholm y Gordon R. Willey (eds.), *Archaeological frontiers and external connections*, Austin, University of Texas Press, 1966-1976, p. 234-242.

45. S. Lovén, *Origins of the Tainian culture, West Indies*, Goteborg, 1935.

a las islas (aunque no en sentido opuesto).” H. Berlin⁴⁶ y O. Morales Patiño⁴⁷ “. . . sostienen en cambio que el contacto se limitó probablemente a alguna canoa ocasional arrojada a las islas por una tormenta.” Rouse examina algunas de las evidencias documentales que ya hemos citado, reportes de objetos de procedencia extranjera (probablemente mesoamericanos) encontrados en las islas, similitudes culturales entre los indígenas antillanos y los de Mesoamérica, sostiene con Ekholm⁴⁸ que el juego de pelota en las Antillas⁴⁹ deriva directamente de Mesoamérica aunque sólo haya sido resultado del naufragio de una canoa maya. “Tal vez la mejor manera de resumir la situación es diciendo que las evidencias de influencias meso y centroamericanas en las Antillas son sugestivas pero no concluyentes.”⁵⁰

Chapman nos dice que “. . . el extremo noreste de Yucatán, era uno de los pocos centros comerciales de la Península y puede suponerse que sus habitantes realizaban un intenso comercio en Cuba. . . Sin embargo, no existe ninguna evidencia de ese comercio antes de la Conquista.”⁵¹ En un comentario a reciente trabajo de Sabloff se menciona el hallazgo de obsidiana de Honduras encontrada en excavaciones submarinas en el norte de Jamaica, que probablemente llegó ahí gracias al comercio prehispánico.⁵²

46. Heinrich Berlin, “Relaciones precolombinas entre Cuba y Yucatán”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, tomo IV, núms. 1-2, enero-agosto, 1940, p. 141-160.

47. O. Morales Patiño, “Los mayas de Honduras y los indígenas antillanos precolombinos”, en *Rev. Arqueol. Ethnol.*, 2a. ép., La Habana, 1950, núm. 10-11, p. 69-100.

48. G. F. Ekholm, “Puerto Rican stone ‘collars’ as ball-game belts”, en S. K. Lothrop *et al.*, *Essays in pre-columbian art and archaeology*, Cambridge, Harvard University Press, 1961, p. 356-371.

49. G. Fernández de Oviedo, *op. cit.*, v. I-293, 296-300. Fr. B. las Casas, *op. cit.*, v. III-328. Fr. Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria. Cuanto a las cualidades, disposición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condiciones naturales, policías, repúblicas, manera de vivir e costumbres de las gentes destas Indias Occidentales y Meridionales cuyo imperio soberano pertenece a los reyes de Castilla*, 3a. ed., 2 v., preparada por Edmundo O’Gorman, con un estudio preliminar y apéndices y un índice de materias, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967 (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 1), v. II-350. Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana. De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*, 7v., 3a. ed., preparada por el Seminario para el Estudio de Fuentes de Tradición Indígena, bajo la coordinación de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983 (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias: 5), v. I-342. A. de Herrera, *op. cit.*, v. I-310; v. II-52; v. II-170.

50. I. Rouse, *op. cit.*, p. 235.

51. Anne M. Chapman, *Puertos de intercambio en Mesoamérica prehispánica*, trad. de Felipe Montemayor, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1959, 80 p., mapa, p. 37.

52. Jeremy A. Sabloff, “Old myths, new myths: the role of sea traders in the development of ancient Maya civilization”, en Elizabeth P. Benson (ed.), *The sea in the pre-columbian world. A conference at*

Volviendo a la expedición de Grijalva, después del desembarco en Cozumel y el incidente de la india de Jamaica, los españoles recorrieron buena parte de la costa de lo que hoy es Quintana Roo.⁵³ El relato más detallado de este recorrido proviene del capellán de la expedición, Juan Díaz: “. . . partimos de esta isla llamada Santa Cruz [Cozumel] y pasamos a la isla de Yucatán atravesando quince millas de golfo. Llegando a la costa vimos tres pueblos grandes que estaban separados cerca de dos millas uno de otro, y se veían en ellos muchas casas de piedra y torres muy grandes, y muchas casas de paja. . . corrimos el día y la noche por esta costa, y al día siguiente, cerca de ponerse el sol, vimos muy lejos un pueblo o aldea tan grande, que la ciudad de Sevilla no podría parecer mayor ni mejor; y se veía en él una torre muy grande. . . Este día llegamos hasta una playa que estaba junto a una torre, la más alta que habíamos visto, y se divisaba un pueblo muy grande; por la tierra había muchos ríos. Descubrimos una entrada ancha rodeada de maderos, hechos por pescadores. . . y en toda esta tierra no encontramos por dónde seguir costeano ni pasar adelante; por lo cual hicimos vela y tornamos a salir por donde habíamos entrado.”⁵⁴ Fernández de Oviedo⁵⁵ resume esta parte del recorrido de la expedición de Grijalva, ya que conoció el *Itinerario* de Juan Díaz.⁵⁶ Lothrop reproduce y comenta el pasaje, dice que “la identificación de las cinco ciudades por las que pasó Grijalva no se puede establecer con precisión pero sin duda llegaron hasta la Bahía de la Ascensión y la ciudad tan grande como Sevilla no era otra que Tulum.” Lothrop identifica a Tulum con el pueblo de Zama (Çama) descrito en una de las *Relaciones de Yucatán*.⁵⁷ El relato de Juan Díaz es importante porque es la única descripción de la época del descubrimiento de esa parte de la costa de lo que hoy es Quintana Roo que ha llegado hasta nosotros. La *Relación de Tzama* aunque es sesenta años posterior es también importante porque es el único informe sobre un sitio de esa zona: “. . . un pueblo de indios llamado Zama que en lengua de indios quiere decir mañana, está en la costa de la mar veinte leguas de esta villa [Valladolid]. . . tiene

Dumbarton Oaks, oct., 26 and 27, 1974, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1977, X-188 p., ill., maps, p. 67-95, p. 93.

53. G. Fernández de Oviedo, *op. cit.*, v. III-262. P. Mártir de Anglería, *op. cit.*, p. 314; D. de Landa, *op. cit.*, p. 8. Para una bibliografía completa de la expedición de Grijalva véase Henry R. Wagner, *The discovery of New Spain in 1518 by Juan de Grijalva*. A translation of the original texts with an introduction and notes by. . . Berkeley, the Cortes Society, 1942, 208 p.

54. *Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán en la India, el año 1518 en la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva. Escrito para su Alteza por el capellán mayor de dicha armada*, ed. facs., trad. del italiano por Joaquín García Icazbalceta, introducción de Jorge Gurría Lacroix, México, Editorial Juan Pablos, 1972, 80 p. (Colección Juan Pablos, I), p. 61-62.

55. G. Fernández de Oviedo, *op. cit.*, v. III-262.

56. *Itinerario de la armada*. . . introducción de Jorge Gurría Lacroix, p. 10-11.

57. S. K. Lothrop, *Tulum; an archaeological study*. . . , p. 11, 13-15, 64-65. A. M. Tozzer, *op. cit.*, p. 12, nota 62.

un río dos leguas del dicho pueblo a manera de laguna; entra la tierra adentro dos leguas, llámase Muyil. . . el dicho pueblo de Zama ha sido población de muchos indios y de veinte años a esta parte se ha muerto mucha cantidad de ellos de suerte que en el dicho pueblo el día de hoy [1579] no hay cincuenta indios tributarios. . . el dicho pueblo está en altura de dieciocho grados y medio en la costa de nordeste sudoeste y bate la mar en la albarrada y edificios del dicho pueblo hechos en tiempo antiguo, y son unos cerros muy altos que los indios hicieron a mano que se llaman cue en lengua de indios y entre ellos hay uno que es mayor que todos los otros y hecho a manera de fortaleza con sus esquinas de piedra muy bien labradas y los naturales que son vivos no saben dar ninguna razón de quién los hizo ni para qué se hicieron, desde dicho puerto a la isla de Cozumel hay dieciocho leguas. . . los españoles que viven en esta dicha provincia tratan en comprar cera, mantas de algodón que son unas telas de cuatro varas de largo y tres cuartas de ancho y en comprar cera y miel y algodón, todo lo cual se halla entre los dichos naturales, y los dichos indios pagan sus tributos en estas telas y en miel y cera y maíz. . . el pueblo y puerto de Zama es muy pequeño y no caben en él naos grandes por falta de poco fondo que tiene, que no tiene más de dos brazas, es limpio y está abrigado de unos arrecifes. . . y en otro tiempo solía ser este puerto donde se cargaba y descargaba lo que iba y se navegaba para la provincia de Honduras, y por falta de los indios y los caminos ser tan agros y montuosos y de mucha piedra se mudó la descarga de esta villa al Río de Lagartos. . .”⁵⁸

Después de recorrer, como hemos visto, la costa de Quintana Roo hasta la Bahía de la Ascensión, la expedición de Grijalva regresó por la misma, dobló el Cabo Catoche, navegó por las costas del Golfo de México hasta el río Pánuco y regresó a Cuba con noticias y objetos del riquísimo Anáhuac.

Cortés

Al año siguiente Hernán Cortés con los capitanes de la expedición de Grijalva, con Alaminos como piloto mayor y para fortuna nuestra con Bernal Díaz del Castillo entre su numerosa tropa, emprendió la que sería la primera y definitiva conquista en el Nuevo Mundo. Sin entrar en pormenores, bástenos señalar que en este viaje

58. *Relaciones histórico-geográficas de la gobernación de Yucatán (Mérida, Valladolid y Tabasco)*, edición preparada por Mercedes de la Garza *et. al.*, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Mayas, 1983, mapas (Fuentes para el Estudio de la Cultura Maya, I), v. II, p. 147-149.

Cortés rescató en Cozumel a Jerónimo de Aguilar que con Gonzalo Guerrero eran los únicos sobrevivientes del naufragio de un navío que en 1511 se dirigía de El Darién a La Española y que tuvo lugar en algún punto de la costa este de la península de Yucatán; importa también destacar la batalla de los llanos de Cintla, cerca de la desembocadura del río Grijalva, en la que unos 400 españoles con armas de fuego, una docena de caballos y una estrategia superior derrotaron a un ejército de la nación maya-chontal integrado por 12 000 indígenas según Bernal,⁵⁹ aunque dice Las Casas que en tal batalla murieron sobre 30 000 ánimas.⁶⁰ Esta fue la primera gran batalla que libró Cortés en territorio mesoamericano; el resultado señaló el principio del fin del predominio maya-chontal en la península de Yucatán y el principio del fin del mundo mesoamericano. Dejemos a Cortés rumbo a la gloria, para volverlo a encontrar en su épico viaje a las Hibueras en 1525, donde recibió interesantes reportes de mercaderes maya-chontales de Xicalango y Tabasco; dice en la quinta de sus cartas: “. . . me dijeron que en la costa de la mar, de la otra parte de la tierra, que llaman Yucatán, hacia la bahía que llaman de la Asunción, estaban ciertos españoles, y que les hacían mucho daño; porque demás de quemarles muchos pueblos y matarles alguna gente, por donde muchos se habían despoblado y huido la gente de ellos a los montes, recibían otro mayor daño los mercaderes y tratantes, porque a su causa se había perdido toda la contratación de aquella costa, que era mucha, y como testigos de vista me dieron razón de casi todos los poblados de la costa hasta llegar donde está Pedrarias de Avila, gobernador de vuestra majestad.”⁶¹ Tales reportes han sido ampliamente destacados por especialistas para documentar el extenso comercio (ya severamente afectado en esta época) que los maya-chontales realizaban utilizando vías marítimas y fluviales.⁶² Al respecto dice Thompson: “Sólo podemos concluir de lo que escribe Cortés que había comercio marítimo entre la parte meridional del Golfo de México y por lo menos la actual Costa Rica, cuando no Panamá (¿para sacar oro?).”⁶³ De su paso por la región maya-chontal Cortés nos dejó la siguiente descripción: “Esta provincia de Acalan es muy gran cosa, porque hay en ella muchos pueblos y de mucha gente. . . y es muy abundosa de mantenimientos y de mucha miel. Hay en ella muchos mercaderes y gentes que tratan en muchas partes, y son ricos de esclavos y de las cosas que se tratan en la tierra; está toda cercada

59. B. Díaz del Castillo, *op. cit.*, I-107.

60. F. B. de las Casas, *Historia de las Indias*, III-241.

61. H. Cortés, *op. cit.*, p. 243 y ss.

62. R. L. Roys, *The indian background*. . . , p. 55-56; France V. Scholes and Ralph L. Roys, *The Maya-Chontal Indians of Acalan-Tixchel. A contribution to the history and ethnography of the Yucatan peninsula*, by. . . with the assistance of Eleanor B. Adams and Robert S. Chamberlain, 2a. ed., Norman, University of Oklahoma Press, 1968, XIV-566 p., maps, p. 58-59, 316.

63. J. E. S. Thompson, *Historia y religión*. . . , p. 164.

de esteros, y todos ellos salen a la bahía o puerto que llaman de Términos, por donde en canoas tienen gran contratación en Xicalango y Tabasco, y aún créese, aunque no está sabida del todo la verdad, que atravesen por allí a esta otra mar [la Bahía de Honduras]; de manera que aquella tierra que llaman Yucatán queda hecha isla.”⁶⁴ En el Golfo de Honduras, Cortés visitó otro de los grandes centros de intercambio de que había sido informado por los mercaderes maya-chontales: “. . .se llama el pueblo Nito, donde había mucha contratación de mercaderes de todas partes, y que los mercaderes naturales de Acalan tenían en él un barrio por sí, y con ellos estaba un hermano de Paxbolon, señor de Acalan. . .”⁶⁵ Durante su estancia en Trujillo Cortés estuvo en contacto con los habitantes de las Islas de la Bahía, que estaban ya muy despobladas por las frecuentes incursiones españolas para esclavizarlos. Dice Bernal que arribaron “ciertos indios de la isla de los Guanajes” a quejarse de la presencia de un navío español en su isla “. . .que les querían tomar por fuerza sus *maceguals*, que se dice entre ellos vasallos. . .”⁶⁶ Las Islas de la Bahía, como ya se ha visto, eran también un importante centro de intercambio aborigen; los europeos, desde Colón en el cuarto viaje, algunos misioneros más tarde e incluso piratas holandeses en el siglo XVII, utilizaron a los nativos como guías e intérpretes,⁶⁷ es muy probable por lo tanto que esas islas estuvieran también bajo el control de los maya-chontales de Acalan y Tabasco. Nito en la desembocadura del Golfo Dulce y Naco estratégicamente en el riquísimo Valle de Ulúa, además de sus propios productos controlaban por el interior los que llegaban por las rutas desde las no menos ricas tierras altas.⁶⁸ Lo mismo sucedía con otros centros de intercambio en la costa, como la Bahía de Chetumal y los poblados del extremo noreste de la península de Yucatán.⁶⁹ Las Islas de la Bahía eran probablemente el extremo suroriental de Mesoamérica y los maya-chontales eran los encargados de mantener el contacto marítimo con los enclaves mesoamericanos en Nicaragua, Costa Rica y Panamá que también funcionaban como centros de intercambio,⁷⁰ con otros pueblos centroamericanos y a través de éstos con grupos de Sudamérica.

64. H. Cortés, *op. cit.*, p. 263; F. V. Scholes y R. L. Roys, *op. cit.*, p. 123, 159-160, 411, 416, 460; R. L. Roys, *The indian background. . .*, p. 55-56.

65. H. Cortés, *op. cit.*, p. 274; F. V. Scholes y R. L. Roys, *op. cit.*, p. 58; J. E. S. Thompson, *Historia y religión. . .*, p. 166-167.

66. B. Díaz del Castillo, *op. cit.*, II-229; H. Cortés, *op. cit.*, p. 309-310.

67. E. Conzemius, *op. cit.*

68. Norman Hammond, “Cacao and cobaneros: An overland trade route between the Maya highlands and lowlands”, en Thomas A. Lee, Jr. and Carlos Navarrete (eds.), *Mesoamerican communication routes and cultural contacts*, Provo, Utah, New World Archaeological Foundation, Brigham Young University, 1978, XII-266 p., ills., maps (Papers of the New World Archaeological Foundation, num. 40), p. 19-25.

69. A. M. Chapman, *op. cit.*, p. 38-39.

70. *Ibidem*, p. 65-66.

Los Montejo et al.

Aunque no es nuestra intención tampoco relatar los pormenores de la conquista de Yucatán, emprendida por Francisco de Montejo y Alonso Dávila en 1527, precisamente por la costa oriental de la península de Yucatán y relativamente conseguida unos veinte años después con la ayuda del hijo y del sobrino del primero y otros capitanes, conviene señalar que gracias a este “proceso. . . largo, doloroso e interrumpido”,⁷¹ se pudo comprobar que tal costa estaba densamente poblada desde la Bahía de la Ascensión hasta Cabo Catoche y aún más allá por el litoral norte y occidental de dicha península, en donde los conquistadores observaron grandes poblados cercanos a la costa con mercados importantes en que se traficaba intensamente, hasta la zona de los grandes ríos que desembocan por las costas de Campeche y Tabasco, “. . . ríos que por centurias habían utilizado los indios como avenidas de comercio. . .”⁷² Roys habla de puertos importantes a lo largo de la costa este; pueblos con miles de casas; comercio a lo largo de toda la costa y con pueblos del interior, consistente en pesca, sal, cera, miel, algodón; calzadas hacia el interior; grandes mercados con inspectores; peregrinaciones y mercaderes venidos de Tabasco, Campeche y Honduras a Cozumel; el rápido descenso de la población; todo ello al describir las provincias de Ecab, Uaymil, Chetumal y la isla de Cozumel.⁷³ “Para los españoles —dice el mismo Roys en otro trabajo ya citado— la cultura de la costa este en general les pareció superior a aquélla del interior.”⁷⁴ Para otro autor contemporáneo la costa este era el centro más dinámico de la civilización maya en vísperas de la conquista española.⁷⁵

La exploración de Chetumal y la costa adyacente hacia el sur por el Golfo de Honduras, probó que Yucatán no era una isla, y que esa zona estaba también muy poblada y era un emporio comercial. Intenso “movimiento comercial” llevado a cabo con canoas fue observado por los conquistadores en la laguna de Bacalar y en la Bahía

71. Robert S. Chamberlain, *Conquista y colonización de Yucatán, 1517-1550*, trad. de Alvaro Domínguez Peón, revisada por J. Ignacio Rubio Mañé y Rafael Rodríguez Contreras, pról. de J. Ignacio Rubio Mañé, México, Editorial Porrúa, 1974, CLXXVIII-398 p., ils., maps. (Biblioteca Porrúa, 57), p. 5.

72. *Ibidem*, p. 37-62, 87-88, *apud* G. Fernández de Oviedo y Valdés, *op. cit.*, v. VIII-167-224. VIII-167-224.

73. Ralph L. Roys, *The political geography of the Yucatan Maya*, Washington, Carnegie Institution of Washington, publ. 613, 1957, IV-188 p., maps, graph., p. 145-165.

74. R. L. Roys, *The indian background*. . . , p. 17, 22; Alfonso Villa Rojas, *Los elegidos de Dios, etnografía de los mayas de Quintana Roo*, pról. de Miguel León-Portilla, apéndice “Sobre la Guerra de Castas” de Howard F. Cline, México, Instituto Nacional Indigenista, 1978, 576 p. ils., mapas (Colección de Antropología Social, núm. 56), p. 64, 518.

75. Arthur G. Miller, “The Maya and the sea: trade and cult at Tancah and Tulum, Quintana Roo, Mexico”, en Elizabeth P. Benson (ed.), *The sea in the pre-columbian world*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1977, X-188 p., ils., maps, p. 97-140, p. 100, 107.

de Chetumal;⁷⁶ Bacalar incluso, era un importante centro productor y distribuidor de canoas;⁷⁷ para viajar de la Bahía de Chetumal a la de Honduras, los españoles se sirvieron de mercaderes y canoas indígenas y frecuentemente tropezaron con canoas mercantes del tipo de la que Colón había visto en el cuarto viaje. Dice Chamberlain al hablar del viaje de Dávila de Chetumal a Honduras en 1532: “Como la ruta de los españoles hacia Honduras descansaba en parte a lo largo de la que los indios empleaban en su comercio marítimo entre Yucatán y el Río de Ulúa, por el intercambio de textiles, mantas y otros productos de Yucatán y el cacao del Río de Ulúa, Dávila y su gente encontraron muchas veces a comerciantes nativos en sus grandes canoas mercantes bien construidas y cargadas de mercancías. Donde quiera que necesitaban canoas para reemplazar aquellas de su propiedad que ya no servían, las tomaban los españoles de estos comerciantes indígenas que cruzaban su ruta.” Y que Ulúa “. . . era el territorio en que el cacao desempeñó parte tan importante en un comercio secular, que se originó con el de Yucatán. Había grandes construcciones para almacenar los artículos que se permutaban entre las dos regiones, y algunos caciques yucatecos mantenían factorías y representantes en la zona del Río de Ulúa para inspeccionar este comercio.”⁷⁸

De estos testimonios se desprende que la costa este de la península de Yucatán y las islas adyacentes, cuando menos hasta la Bahía de la Ascensión, estaban densamente pobladas en la época de la Conquista. Esta zona ha sido una de las menos estudiadas en toda el área maya y sólo recientemente se ha trabajado sistemáticamente en ella. Sin embargo, los pocos reportes arqueológicos que existen y las modernas investigaciones coinciden en señalar la presencia de numerosos centros ceremoniales a lo largo de toda la costa y la unidad estilística en los restos arquitectónicos de toda la zona;⁷⁹ también se insiste en la unidad económica de toda el área, íntimamente relacionada con el centro comercial de Xicalango en la Laguna de Términos en el Golfo de México por un lado y el Golfo de Honduras por el otro.⁸⁰ Los numerosos santuarios para uso de mercaderes y navegantes refuerza esta unidad cultural y religiosa.⁸¹ Finalmente, hay quienes extienden esta unidad de todos los pueblos de

76. R. S. Chamberlain, *op. cit.*, p. 107, 109, *apud* Alonso Dávila, “Relación de lo sucedido á . . . , contador de Su Magestad en Yucatán, en el viaje, que hizo para pacificar y poblar aquella provincia (junio de 1533)”, en *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía, sacados de los archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*, Madrid, 1864-84, 42 v., XIV-97-128.

77. R. L. Roys, *The indian background*. . . , p. 50; R. S. Chamberlain, *op. cit.*, p. 107, 109.

78. R. S. Chamberlain, *op. cit.*, p. 107, 109, 129-131, *apud* A. Dávila, *op. cit.*; A. Chapman, *op. cit.*, p. 40.

79. S. K. Lothrop, *Tulum: An archaeological study*. . . , p. 168; A. G. Miller, *op. cit.*, p. 126, 129-130.

80. R. L. Roys, *The indian background*. . . , p. 56.

81. B. Díaz del Castillo, *op. cit.*, I-65; R. L. Roys, *The indian background*. . . , p. 19, 71. Para

la costa hasta la Laguna de Términos por un lado y el Golfo de Honduras por el otro, y quienes creen que los tratos comerciales se extendían por Nicaragua y Costa Rica hasta Panamá.⁸²

El efecto de la conquista fue devastador en algunas de estas zonas de la costa de la península de Yucatán. En otras las enfermedades introducidas por los españoles diezmaron en unos cuantos años a la población nativa. Las campañas de los Pachecos en 1544-45 en las provincias de Uaymil y Chetumal obligaron a los indígenas a abandonar sus pueblos para refugiarse en regiones prácticamente inaccesibles.⁸³ Hablando de las provincias de Cochua y Chetumal dice Landa que “. . . los españoles las apaciguaron de tal manera que, siendo esas dos provincias las más pobladas y llenas de gente, quedaron las más desventuradas de toda aquella tierra.”⁸⁴ Cook y Borah calculan un descenso de población del 97%, veinte años después de las campañas de los Pachecos.⁸⁵ Otro tanto sucedió, esta vez debido a las epidemias, en las ciudades de la punta noreste de la península de Yucatán: Ecab, Conil, Chauaca y Sinsimato.⁸⁶ En Acalan-Tixchel, dominio de los maya-chontales, el descenso de población fue también de más de 90% en poco más de treinta años, debido sobre todo a enfermedades y traslados forzosos.⁸⁷

Consecuentemente, la elaborada red de intercambio —de productos, de costumbres— marítimo, fluvial, lacustre, entretejida alrededor de la península de Yucatán, más allá de ésta y por el interior a grandes distancias; los mercados y puertos en que

A. G. Miller, *op. cit.*, p. 130-131, los templos en la costa servían como señales para los navegantes. Al comentar el siguiente pasaje de Landa: “. . . que los indios ponen señales en los árboles para acertar el camino para ir o venir navegando de Tabasco a Yucatán” (D. de Landa, *op. cit.*, p. 5), dice F. Blom, *op. cit.*, p. 548: “Creo que podemos afirmar que para el tráfico acuático había incluso un servicio organizado de faros”.

82. F. V. Scholes y R. L. Roys, *op. cit.*, p. 3; R. L. Roys, *The indian background*. . . , p. 14, 56; A. G. Miller, *op. cit.*, p. 99; Samuel K. Lothrop, “South America as seen from Middle America”, en Clarence L. Hay et al. (eds.), *The Maya and their neighbors; essays on Middle American anthropology and archaeology*, New York, Dover Publications, 1977, XIV-606 p., ill., maps, p. 417-429, p. 428; *Atlas arqueológico de la República Mexicana, I, Quintana Roo*, por Florencia Muller, advertencia de Ignacio Bernal, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia. Dirección General de Monumentos Prehispánicos, 1959, 76 p., mapa, véase la introducción, p. 11-18 y el mapa. J. E. S. Thompson, *Historia y religión*. . . , p. 164.

83. R. S. Chamberlain, *op. cit.*, p. 242-243.

84. D. de Landa, *op. cit.*, p. 27.

85. Sherburne F. Cook y Woodrow Borah, *Ensayos sobre historia de la población: México y el Caribe*, 2, trad. de Clementina Zamora, México, Siglo XXI Editores, 1978, 470 p., mapas, gráfs. (América Nuestra, 13), p. 57-58.

86. F. V. Scholes y R. L. Roys, *op. cit.*, p. 324-325; R. L. Roys, *The political geography*. . . , p. 323, 328; J. E. S. Thompson, *Historia y religión*. . . , p. 81.

87. F. V. Scholes y R. L. Roys, *op. cit.*, p. 323-328; J. E. S. Thompson, *Historia y religión*. . . , p. 85-86; S. F. Cook y W. Borah, *op. cit.*, p. 57.

se intercambiaban raros pero necesarios productos venidos de tierras lejanas con los que se obtenían en las locales; la delicada red, construida trabajosamente al golpe del remo y del viento en la vela, durante siglos, quedó, para siempre, destruida.

Conclusiones

No es poco honor, tanto para los mayas como para Colón, que sea a través de éste como en Europa se tengan por primera vez noticias de una de las grandes civilizaciones americanas. El encuentro del más audaz de los navegantes europeos con los más audaces navegantes de Mesoamérica en el Caribe inicia uno de los más interesantes capítulos de la historia universal e inaugura la que será una de las grandes vertientes de la nuestra. Los cronistas y testigos que relataron y asistieron al encuentro, inmediatamente se dieron cuenta del significado de la canoa y su cargamento y, gracias a tal encuentro los españoles descubrieron y conquistaron, años más tarde, a México y Yucatán. Posteriores testimonios de conquistadores y cronistas confirmaron que la canoa formaba parte de una elaborada red de comercio a grandes distancias con importantes "puertos de intercambio" a lo largo de toda la ruta. Los encargados de mantener tal tráfico eran los hábiles navegantes maya-chontales, originarios de las costas de Tabasco y Campeche, y herederos de las grandes tradiciones olmecas, teotihuacanas, toltecas y desde luego mayas.

Las observaciones de los integrantes de las expediciones de Hernández de Córdoba, Grijalva, Cortés, los Montejo y otros, nos proporcionan más información sobre este tráfico por el Caribe y alrededor de la península de Yucatán, y sobre las características del principal medio con que se llevaba a cabo: la navegación. Esta información se ha enriquecido en años recientes, gracias al descubrimiento y difusión de importantes documentos obtenidos de archivos coloniales y a los resultados de investigaciones arqueológicas y etnográficas en nuestra zona de estudio.

Las canoas utilizadas por los aborígenes eran más sofisticadas de lo que generalmente se piensa; no se trataba de simples troncos ahuecados; el uso de velas además de remos y el hecho de que, como puede verse en representaciones como los huesos esgrafiados de Tikal, murales de Chichén Itzá y en códices, algunas canoas tenían elevada la proa y la popa y desde luego los lados, permite suponer que las canoas maya-chontales eran más complejas de lo que habitualmente se supone. Al respecto importa también destacar otras características que hacían del sistema de navegación marítima algo más complicado: el uso de señales en lugares estratégicos para indicar las rutas que debían seguirse; muelles, diques o palizadas en donde eran necesarios; canales artificiales que simplificaban la navegación en marismas y pantanos de la costa; el hecho de que las canoas podían surtirse de agua dulce mar adentro, gracias a las corrientes de ríos subterráneos que brotan en el mar y que abundan en la costa

de Quintana Roo; templos en la costa e islas adyacentes que servían como señales para los navegantes y que incluso de noche funcionaban como faros.

Por todo esto es razonable suponer que el sistema de navegación había sido ensayado y probado por largo tiempo y que las rutas a que nos hemos referido habían sido establecidas cuando menos desde el período clásico, aunque para la época de la conquista habían sido continuadas y acrecentadas con una intensidad y en una extensión que superaba a lo que hasta entonces había existido.

Aunque en este trabajo nos hemos referido principalmente al tráfico marítimo en el Caribe en la época de la Conquista, conviene llamar la atención a que el tráfico—no sólo el marítimo, sino también el fluvial y lacustre y desde luego el terrestre—es una de las más destacadas características mesoamericanas. Un intenso intercambio y activo contacto entre diversas regiones acompañó e hizo posible el surgimiento y elevación de los grandes imperios prehispánicos, de tal manera que las comunicaciones y contactos en el ámbito mesoamericano y desde éste hacia zonas periféricas, debe considerarse como uno de los rasgos más distintivos de las civilizaciones que en el tiempo y en el espacio configuraron esa gran área que ahora conocemos como Mesoamérica.

A pesar de que la mayor parte de la información que hemos manejado se refiere a la costa de lo que hoy es el Estado de Quintana Roo, consideramos que las características de esta zona en la época de la Conquista, pueden extenderse hacia el sur a lo largo de la costa de Belice hasta el Golfo de Honduras y, como hemos señalado, es muy probable que las Islas de la Bahía estuvieran también bajo control maya-chontal. Por la costa norte y occidental de la península de Yucatán este control se extendía hasta la Chontalpa y continuaba por el interior a través de los ríos que cruzan la base de la península entre esa parte del Golfo de México y la Bahía de Honduras. De manera que toda la periferia de la península era, a la llegada de los conquistadores, dominio maya-chontal.

Con numerosos centros de intercambio en toda esta zona nuestros navegantes eran los encargados del tráfico con el resto de Mesoamérica, por un lado, y con grupos de Centroamérica y a través de éstos con Sudamérica, por el otro. Es probable también que los tratos de los navegantes maya-chontales hayan llegado hasta algunas de las islas de las Antillas, de modo que el nombre con que Thompson los bautizó: "fenicios del Nuevo Mundo", es particularmente acertado. Acertado también es el cuadro que el mismo autor restaura en la zona y época de que nos hemos ocupado y en el que nos presenta a los maya-chontales como un grupo agresivo y emprendedor que, en situación periférica respecto a los grandes centros mayas clásicos había llegado a constituirse en el más dinámico del área maya y en uno de los más audaces y expansionistas de Mesoamérica.

Los conquistadores europeos se enfrentaron a uno de los más selectos grupos del Nuevo Mundo en el Caribe primero y en territorio maya-chontal después. Moctezuma

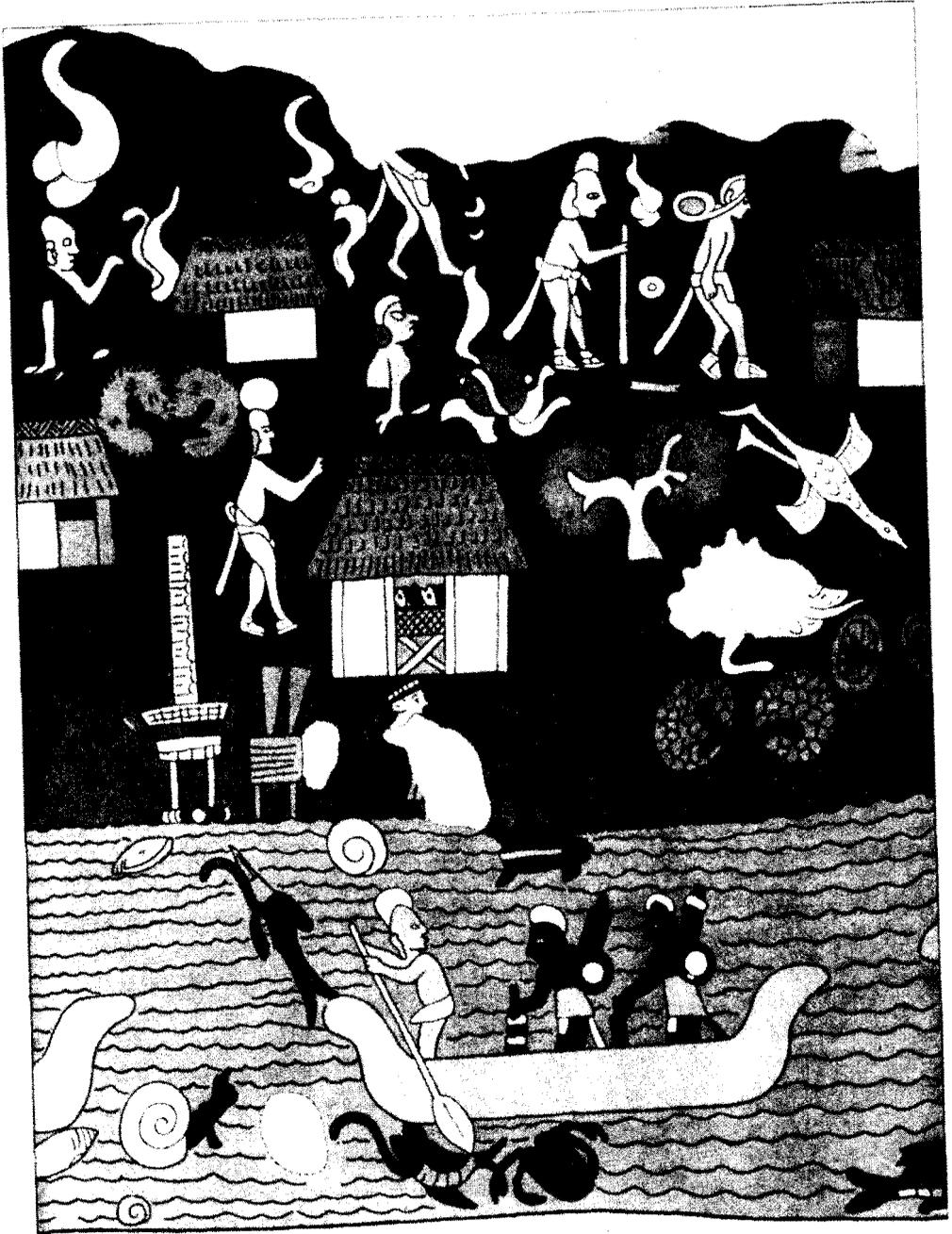
ascendió al poder en el mismo año en que Colón se encontró con la canoa mesoamericana en el Caribe; el poderoso señor del Anáhuac debe haber sabido muy pronto por donde llegaba el fin de su mundo. Ese fin se inició cuando Cortés y sus hombres derrotaron en los llanos de Cintla a un ejército que era digno representante de uno de los más audaces y pujantes grupos de Mesoamérica.

Hemos destacado en estas notas el papel que la navegación desempeñó en el Caribe mesoamericano en la época de la Conquista. Ello se justifica, pensamos, porque canoas y navegantes son una constante en la historia mesoamericana; ya desde los orígenes nos encontramos con migraciones acuáticas que pueden haber sido tanto o más importantes que las terrestres.

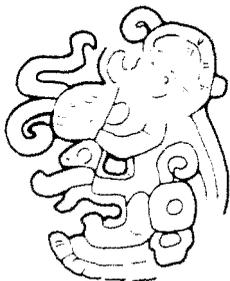
Dondequiera que el medio ambiente lo permitía o lo exigía los indígenas americanos aprovechaban, se adaptaban y mejoraban los recursos hidráulicos y el medio de transporte que el cuarto elemento les proporcionaba; tanto en el litoral atlántico, del que hemos visto una pequeña zona, como en el pacífico de Mesoamérica y otras regiones de la América precolombina, diferentes grupos dependían y vivían de la navegación, y se servían además de las canoas de otros vehículos como diversos tipos de balsas.

La navegación, finalmente, está en el origen de todas las grandes civilizaciones antiguas; inmediatamente después del fuego aparece como una dádiva divina entre los hombres; es justo destacar, por lo tanto, el papel que en general la navegación desempeñó a lo largo de la historia mesoamericana, y en particular en la región que fue el primer teatro de "la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió. . ." ⁸⁸

88. Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, 2 v., Madrid, Calpe, 1922, I-4.



(viene de pág. 18)



tudio de mentalidades porque se trataría de “momento espiritual”, de “clima humano” y de creencias. Estudio de las epidemias en la medida en que se trataría de etiología, de patogenia y de terapéutica.

Primer aspecto: estudio de las mentalidades. Habría que hacer referencia al “clima” de la época, en el que el final de los tiempos aparece con la figura de grandes plagas exterminadoras y ver allí el círculo de una cultura obsesionada por el problema de los fines últimos. En todo caso, el objeto de análisis se presta a ello: en la epidemia como castigo divino convergen la imagen de los grandes cataclismos bíblicos y el fin catastrófico de los Soles aztecas. Apelando a los mitos y a las creencias se encontraría a Nuestra Señora de Guadalupe como la respuesta más adecuada, la intercesora por excelencia. Pero la noción de ambiente conlleva la idea de un determinismo demasiado simple. En efecto, un clima está investido de todos los poderes para aquellos que lo padecen; además, un clima, lejos de ser principio de explicación, constituye pre-

cisamente lo que está por ser explicado. Otra cuestión, más prosaica, se impone también al análisis. Se puede afirmar que “la aspiración a la salvación, no en el más allá sino primero en esta vida, el anhelo por sobrevivir, fue el verdadero juramento de sumisión que hicieron todos los mexicanos a la imagen protectora de Guadalupe”.¹ Pero si un instinto de conservación puede justificar la apelación al intercesor, no explica en cambio la *razón* del acto de juramento considerado como acto de reconocimiento del “prodigio salvador” o la “victoria sobre la hidra epidémica” que ocasionó 40 000 muertes. Desde este punto de vista, más bien habría que extrañarse de que la *victoria de la hidra epidémica* haya sido transformada por unanimidad en *derrota*.

Segundo aspecto: el estudio de las epidemias. Habría que subrayar la aparición de etiologías fantásticas como la conjunción de planetas o la corrupción del aire. Se hablaría de hipocratismo y de los remedios ineficaces. Pero, sobre todo, habría que señalar que la epidemia era una realidad cotidiana en el contexto de la Nueva España como lo era, también, en el mundo de la vieja Europa. Si el recurso a los milagros y prodigios era práctica común, la enfermedad como castigo implicaba naturalmente este modo de defensa. El culto a Nuestra Señora de Guadalupe habría

1. J. Lafaye, *Quetzalcoatl et Guadalupe*, Paris, 1974, p. 337.

sido la respuesta más adecuada al viejo problema de la enfermedad. En ese caso, las significaciones de *matlazahuatl* y de los acontecimientos que la acompañan serían claras, evidentes: el juramento de sumisión habría consagrado un prodigio salvador. Pero, si en la Nueva España las epidemias, las muertes masivas y los recursos eran más regla que excepción ¿por qué hubo consagración en *ese preciso momento*?

Esto no es todo. Los estudios de mentalidades y de epidemias también son estudios de *historia*. Después de las estructuras, las génesis. En efecto, para establecer *filiaciones* se necesita, por una parte, que el juramento de sumisión sea una modalidad o un avatar de un tema rector y, por otra, que la percepción de *matlazahuatl* sea una modalidad o un momento del saber epidemiológico. En otros términos, las actitudes hacia Guadalupe y hacia la enfermedad no pueden haber variado hasta el punto de que sea imposible reconocer la realización de un proyecto y de un proyecto *normativo*. Caso contrario, ¿cómo encadenar esas actitudes en una historia? Una dialéctica debe acompañar el estudio de las mentalidades y el de las epidemias: aquí, la historia de la medicina, allí, la historia de una ideología. En otros términos, la percepción de *matlazahuatl* estaría al servicio del conocimiento de la enfermedad —en este caso, un momento de la historia del tifo exantemático; el culto a Guadalupe, al servicio de una ideología;

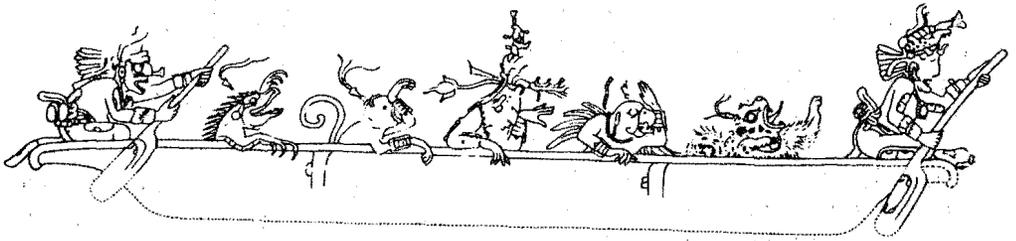
“una formación discursiva polémica gracias a la cual una pasión busca realizar un valor”²—, en este caso, un avatar de la idea de independencia nacional.

De inmediato se percibe el postulado común a las historias de la ideología y de la medicina: se necesita que los discursos estudiados se remitan al *mismo* objeto y a su correlativo, un prejuicio metodológico que consiste en querer iluminar el sentido del juramento de sumisión y el de la percepción de *matlazahuatl* mediante las significaciones posteriores en las cuales ambos acabaron por cristalizarse.

Una doble precisión

1. En la medida en que Nuestra Señora de Guadalupe aparece en las banderas de Hidalgo como emblema de la independencia nacional parece legítimo proyectar, por interpretación, la idea de independencia nacional en el escudo o en la imagen. De ahí, una explicación histórica transparente como el cristal: se inventó la imagen o el escudo con el objetivo final de la idea de independencia nacional. Esa manera de ver supone que el sentido de un culto religioso o de una creencia se explica por su utilidad última o por su función. Aplicada al acontecimiento de 1737, da: “este juramento so-

2. G. Baechler, *Qu'est-ce que l'idéologie*, Paris, 1976. Citado por G. Duby, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, Paris, 1978, p. 17.



lemne. . . tuvo una importancia similar para la unidad de México a la del juramento de la Federación para la unidad de la Francia revolucionaria”.³ Sin embargo, por el momento basta con decir que la misma devoción a una misma imagen conlleva significaciones distintas. Escudo: emblema de la idea de independencia nacional. Nada más cierto. Pero también, escudo: medio para protegerse contra la ira de Dios; escudo: medio para oponerse a la epidemia; escudo: medio para reconfortar a los pobres, a los pecadores y a los enfermos; escudo: medio para forjar una memoria; escudo: medio para hacer un panegírico, y la lista puede continuarse.

2. Como se conoce el tifo exantemático, se tiende a reconocerlo en *matlazahuatl*. Y si se reconoce, como parecen atestiguarlo las descripciones de síntomas hechas por los médicos de la época, esto demostraría que tal era el sujeto en el siglo XVIII (o antes). Pero esta manera de escribir la historia supone la identificación del objeto científico con el “referente prediscursivo” (Foucault)

3. J. Lafaye, *op. cit.*, p. 337.

o con el objeto natural que “fuera de todo discurso sobre él, no es, por supuesto, el objeto científico”.⁴ También supone la identificación del objeto de la historia de la medicina con el objeto de la ciencia médica o de sus resultados. Esas identificaciones, que son confusiones, están en el origen de una triple convicción, a la vez metafísica y obsoleta, que define los principios de una reciente antropología médica: “*Disease in some form is a universal fact of human life. All known human groups develop some set of beliefs, cognitions and perceptions. . . for defining or cognizing disease. . . All known human groups develop methods and allocate roles. . . for coping with or responding to disease*”.⁵

Decir que la enfermedad no existe y que, por consiguiente, los hombres no pueden desarrollar creencias, conocimientos para conocerla, no equivale a negar que existan indivi-

4. G. Canguilhem, *Etudes d'histoire et de philosophie des sciences*, Paris, 1975, p. 167.

5. E. Welling, “Theoretical Orientations in Medical Anthropology from Rivers to the Present”, in D. Landy, ed., *Culture, Disease, and Healing. Studies in Medical Anthropology*, New York, 1977, p. 48.

duos que sufran y mueran de muerte no natural. Quiere decir que este sufrimiento sólo se volverá enfermedad en una práctica que objetivice a esos individuos como contagiados y que objetivice ese sufrimiento como efecto de una reacción patológica a un agente patógeno. Es evidente que en otra práctica, esos mismos individuos serán objetivados como "pobres pecadores", su sufrimiento como "castigo" y la peste como "guerra de Dios". Pero aún sin hacer intervenir contrastes tan llamativos, basta con decir que la continuidad es ilusoria entre una medicina de las especies y una medicina de los agentes patógenos, y que, entre ésta y ésta, existe más o menos la misma diferencia que entre la historia natural en la edad clásica y la biología. Dice Foucault: "Se quiere hacer historias de la biología en el siglo XVIII; pero nadie se da cuenta de que la biología no existía. . . Y si la biología era desconocida, esto se debía a una razón sencilla: la vida misma no existía".⁶ Del mismo modo, cuando los historiadores señalan los episodios más importantes de la historia del tifo exantemático de los siglos XVI, XVII, XVIII y hasta XIX, lo único que hacen es la historia de una ficción.

Finalmente, decir que los grupos humanos no desarrollan métodos ni atribuyen papeles para responder a la enfermedad, no significa negar que se desplieguen tácticas para con-



trarrestar la plaga; esto es, tácticas que son respuestas a las preguntas que los hombres se plantean. Desde Marx se sabe que la humanidad sólo resuelve los problemas que ella misma se plantea.

Por lo tanto, se evitará aplicar a este estudio problemáticas posteriores del culto y de la enfermedad. En cambio, nos esforzaremos por destacar las estructuras que pertenecen en propio a esas experiencias de Guadalupe y de la pestilencia y que las constituyeron como tales. Quizá se perfilará entonces otra figura del mal y otra figura del poder, pero no habrá que extrañarse si la primera no se parece al tifo exantemático y si la segunda no conlleva la idea de independencia nacional. "Toda historia de una 'cosa', de un uso —dice Nietzsche— puede ser una cadena ininterrumpida de interpretaciones o aplicaciones siempre nuevas, cuyas causas ni siquiera necesitan ser ligadas entre sí pero que, en determinadas circunstancias, no hacen sino sucederse y sustituirse, según el azar".⁷

François Delaporte
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

6. M. Foucault, *Les mots et les choses*, Paris, 1966, p. 134.

7. F. Nietzsche, *La génealogie de la morale*, Paris, 1964, p. 109.

PUBLICACIONES DEL IHH

En prensa

Títulos recientes

Carlos Bosch García, *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos. III: El endeudamiento de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984, 672 p. (Serie Documental, número 15).

Arturo Langle Ramírez, *Huerta contra Zapata. Una campaña desigual*, 2a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984, 119 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, número 14).

Michael Meyer, *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984 (Serie Historia Moderna y Contemporánea, número 16).

María Vargas Lobsinger, *La hacienda de La Concha. Una empresa algodonera de La Laguna, 1883-1917*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984 (Serie Historia Moderna y Contemporánea, número 17).

Woodrow Borah, et al., *El gobierno provincial de la Nueva España, 1570-1587*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas (Serie Historia Novohispana, número 33).

Alvaro Matute, *Contraespionaje político y sucesión presidencial*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas (Serie Historia Moderna y Contemporánea, número 20).

Alonso de Molina, *Confesionario Mayor en la Lengua Mexicana y Castellana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Instituto de Investigaciones Históricas (Serie Facsímiles de Lingüística y Filología Nahuas, número 3).

Roberto Moreno, *Ensayos de la Historia de la Ciencia en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas (Serie Historia de la Ciencia y de la Tecnología, número 2).

Cecilia Noriega, *El Constituyente de 1842*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas (Serie Historia Moderna y Contemporánea, número 19).



BIBLIOTECA DEL IHH

Reseñas

Horacio Capel, Lourdes García, José Omar Moncada, Francesc Olive, Santiago Quesada, Antonio Rodríguez, Joan-Eugeni Sánchez, Rosa Tello, *Los Ingenieros Militares en España, siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*, Barcelona, Publicacions I Edicions de la Universitat de Barcelona, 1983.

Entre los problemas que enfrenta la historia de la ciencia y la tecnología en los países de habla hispana, no es el menor el de la falta de información precisa y completa sobre los personajes y los hechos científicos. En efecto, buena parte de los grandes errores e incomprensiones en este campo se debe a la falta de investigación primaria en archivos y bibliotecas que permita fijar con precisión los hechos y desglosarlos del gran cúmulo de errores que los deforman. Es quizá causa de este problema la consideración, generalizada un tiempo, de la escasa y relativa importancia de la ciencia y la técnica en nuestros países. Sin embargo, no poco puede aportar el estudio correcto de este tema y a tal fin se deben publicar trabajos que permitan tener un mejor y más detallado perfil de lo que nos interesa.

Todo esto viene a cuento para celebrar la aparición del repertorio bio-

gráfico sobre los ingenieros militares en España durante el siglo XVIII, que bajo la dirección del destacado historiador de la ciencia Horacio Capel elaboró un grupo de siete investigadores. Los propósitos del grueso libro (unas 500 páginas) recién aparecido quedan claros en el siguiente párrafo de la Introducción:

El repertorio biográfico que hoy publicamos constituye el primer resultado de una investigación más amplia sobre el tema *La formación científica y la actividad espacial de los Ingenieros Militares en España durante el siglo XVIII*, que se inició en el curso de doctorado impartido por el doctor Horacio Capel en 1979-1980. Dicho trabajo se inserta, a su vez, en un plan de investigación que trata de reconstruir la historia de la geografía española y de las ideas acerca del espacio desde la Revolución Científica del siglo XVIII hasta nuestros días. Aspecto esencial de esta investigación es el análisis sociológico de algunas comunidades y corporaciones científicas que, junto con los geógrafos, han desarrollado una reflexión acerca del espacio, contribuido a su representación cartográfica o bien realizado algún tipo de intervención espacial que implique la transformación de la superficie terrestre. Se trata de investigar el funcionamiento de las comunidades científicas y los factores sociales que influyen en la evolución del pensamiento geográfico, poniendo es-

pecial énfasis en la incidencia de la profesionalización e institucionalización en el desarrollo de la ciencia.

El esfuerzo de los autores se tradujo en un excelente conjunto de información sobre los más destacados miembros del Cuerpo de Ingenieros Militares, fundado en 1710. Las entradas alfabéticas de los ingenieros registran por orden cronológico cada uno de los trabajos realizados por ellos que se pudo documentar con precisión. De esta manera, hay personajes de los que sólo se registra un dato y otros, como el ingeniero Miguel Marín, que cubren hasta una decena de páginas. La aportación es altamente estimable y sin duda prestará enormes servicios a todos cuantos nos interesamos por la historia de la ciencia y la tecnología y en particular a quienes trabajamos en te-

mas específicos de historia de la ingeniería.

Para el caso de México viene éste a ser un magnífico complemento del antiguo ensayo de Calderón Quijano sobre el mismo tema y una exhortación a trabajar más aquellos ingenieros que como Constanzó, Mascaró o Iniesta Bejarano realizaron su principal actividad en la Nueva España y de alguna forma son parte importante del reducido círculo de los científicos nuestros del siglo XVIII. Bienvenido, pues, este trabajo, que nos deja en ansiosa espera del libro más amplio sobre la formación y la actividad del Cuerpo de Ingenieros Militares.

Roberto Moreno
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM



NOTICIAS GENERALES

UNAM

VI Coloquio de Análisis Historiográfico

La historia antigua de México en los historiadores de los siglos XVIII y XIX

Este Coloquio, al igual que los anteriores, fue organizado por el Instituto de Investigaciones Históricas, la Dirección General de Asuntos del Personal Académico, el Centro de Enseñanza para Extranjeros y la Escuela Nacional de Estudios Profesionales, Acatlán, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El tema fue *La historia antigua de México en los historiadores de los siglos XVIII y XIX*.

La idea que llevó a los organizadores a proponer este tema fue la importancia que tiene el estudio del México Antiguo en estos dos siglos. En efecto, la necesidad del conocimiento del periodo prehispánico nace de la búsqueda de la originalidad de la cultura nacional de nuestro país. Si bien éste fue conquistado y colonizado por los españoles —lo que implica el heredar la cultura grecolatina— po-

see también un bagaje cultural e histórico, anterior a la conquista, de enorme importancia. Al nacer México como nación independiente surgió asimismo esta necesidad de buscar nuestras raíces en el México Antiguo, tarea que emprendieron los autores de esos siglos.

De ello la relevancia que tiene en la actualidad el analizar la historiografía producida en el siglo XVIII, que es, a su vez, la base ideológica en que descansan los trabajos de los autores del XIX.

El Coloquio se realizó según el programa que a continuación se transcribe.

Lunes 26 de marzo

“José Joaquín Granados y Gálvez y la revalorización de la cultura indígena”, maestra Carmen de Luna; “Benito María de Moxó y sus *Cartas mexicanas*”, maestra Antonia Pi Suñer; “Diálogo sobre historiografía y arqueología indígena del siglo XIX”, doctores Ignacio Bernal y Miguel León-Portilla; “Una interpretación del siglo XVIII acerca de los orígenes y significado de la cultura maya: Ordóñez y Aguiar”, doctora Beatriz de la Fuente; “La modernidad y la historia antigua de México

(Veytia y Clavijero)", maestra Margarita Moreno Bonett.

Miércoles 28 de marzo

"El concepto chichimeca en algunos historiadores de los siglos XVIII y XIX", licenciadas Pilar Barroso Acosta y Rosalía Velázquez Estrada; "De los primeros pobladores a los toltecas en Clavijero y Orozco y Berra", licenciado Federico Nagel Bieicke; "José Fernando Ramírez y la historia antigua de México", maestro Ernesto de la Torre Villar; "Las culturas prehispánicas en la historiografía anglosajona", doctor Juan A. Ortega y Medina.

Jueves 29 de marzo

"Los anales en náhuatl y su traducción. Faustino Chimalpopoca Galicia", doctor José Rubén Romero; "El rescate de las naciones del Anáhuac por un hispano-mexicano: Niceto de Zamacois", profesora Judith de la Torre Rendón; "Manuel Orozco y Berra. Punto de partida de la nueva historia prehispánica", maestra Rosa Camelo; "Francisco Pimentel y su obra indigenista", licenciado Blas Román Castellón Huerta; "Alfredo Chavero y el Lienzo de Tlaxcala", maestro Carlos Martínez Marín.

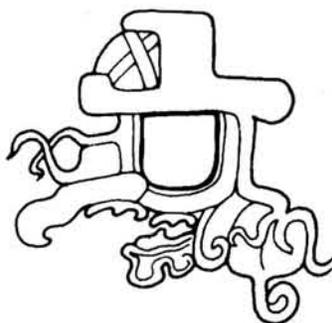
Viernes 30 de marzo

"La historia antigua de México en textos escolares", licenciada Patricia Escandón; "Historia y fantasía. La novela de tema prehispánico en el siglo XIX", licenciado Felipe Garrido; "El doctor Francisco de Asís Flores y la historia de la medicina en Méxi-

co", doctor Carlos Viesca; "La historia antigua en México. Su evolución social", maestro Alvaro Matute y licenciada Evelia Trejo.

De las ponencias presentadas y las discusiones que a su alrededor se suscitaron resultó la confirmación de lo planteado: que el manejo que estos autores de los siglos XVIII y XIX hicieron del México Prehispánico tiene una gran importancia cultural ya que conforma e impregna la visión que el México actual ha heredado.

Rosa Camelo
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM



Simposio

*Arqueoastronomía y etnoastronomía
en Mesoamérica*

El interés por el estudio de las manifestaciones del conocimiento astro-

nómico antiguo y contemporáneo de las culturas indígenas de Mesoamérica ha aumentado en los últimos tiempos, debido al auge que ha tenido la arqueoastronomía y, más recientemente, la etnoastronomía. Estas nuevas disciplinas científicas ofrecen a los astrónomos y a los antropólogos la posibilidad de intercambiar e integrar sus resultados y sus opiniones acerca de la evolución de los conocimientos astronómicos y de su impacto en la sociedad. Sin embargo, aún hacen falta estudios que permitan evaluar este impacto e integrar los resultados con la visión antropológica, sociohistórica, del pasado y del presente.

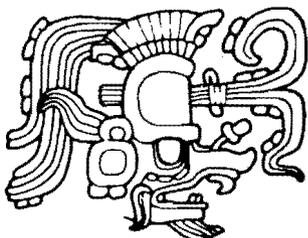
El simposio sobre "Arqueoastronomía y Etnoastronomía en Mesoamérica" que tendrá lugar en la UNAM del 24 al 29 de septiembre, 1984, pretende cubrir en parte esa falta de una mayor profundización en los estudios sobre la astronomía indígena mesoamericana y de integrar en mayor grado los estudios interdisciplinarios sobre esta materia que aportan la arqueología, la etnohistoria, la etnografía y la astronomía. El hecho de que las instituciones patrocinadoras de este simposio sean el Instituto de Investigaciones Antropológicas, el Instituto de Investigaciones Históricas y el Instituto de Astronomía de la UNAM denota el interés creciente de las instituciones mexicanas en estas disciplinas. De hecho, se trata de la primera reunión internacional sobre arqueoastronomía que se organiza en Méxi-

co. Se cuenta además con el apoyo académico del doctor Anthony F. Aveni de la Universidad de Colgate, y del doctor John Carlson del Centro de Arqueoastronomía de la Universidad de Maryland, Estados Unidos. Participarán unos 50 investigadores de México, los Estados Unidos, Europa y el Japón que hablarán sobre una amplia gama de temas de astronomía, calendarios y cosmovisión indígenas mesoamericanas que abarcan desde los olmecas del Preclásico, las culturas mayas y del altiplano central del Clásico, las culturas del momento del contacto europeo, hasta una diversidad de estudios etnoastronómicos de la etnografía indígena actual de México y Guatemala. También se cubrirán algunos estudios comparativos con Norteamérica y otras áreas geográficas. El simposio se combinará con una serie de otras actividades académicas en el Planetario Nacional L. E. Erro, en el Instituto Nacional de Antropología (Museo de Antropología e Historia), y con una visita a las cruces punteadas de significado astronómico-arquitectónico en los alrededores de Teotihuacán. Las actas de dicho simposio serán publicadas posteriormente por la UNAM. El simposio tendrá lugar en el Instituto de Investigaciones Antropológicas (nuevo edificio).

El Comité Organizador está integrado por Stanislaw Iwaniszewski del Instituto de Investigaciones Antropológicas, Johanna Broda del Instituto de Investigaciones Históricas

y Lucrecia Maupomé del Instituto de Astronomía, UNAM.

Johanna Broda
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM



PROVINCIA

Sonora

Historia y antropología de Sonora

El IX Simposio de Historia y Antropología de Sonora se efectuó en febrero de este año, en la ciudad de Hermosillo, Sonora.

Como en los anteriores, se presentaron numerosas ponencias que abarcaron una amplia gama de temas históricos y antropológicos, no sólo de Sonora, sino de todo el noroeste mexicano y de las regiones fronterizas de los Estados Unidos.

A continuación presentamos el programa con que se desarrolló este evento.

Miércoles 15; sesión matutina

“La Pusolana y el padre Alza-

te” por Ernesto López Yescas de la Sociedad Sonorense de Historia (S.S.H.); “Pintura rupestre en la cueva de la Higuera” por César A. Quijada del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH); moderador: Armando Quijada.

“Algunos aspectos de la organización social y grupos cazadores-recolectores de zonas áridas” por Ana María Álvarez Palma y Gian Franco Cassiano Verde del INAH; “Apuntes sobre el Proyecto de Historia General de Sonora” por Armando Hopkins Durazo* de la S.S.H.; moderador: Julio Montané Martí.

Presentación del documental “Los seris” por Mario Munguía Murillo.

Miércoles 15; sesión vespertina

“Fuentes en el Archivo General de la Nación (A.G.N.) para la historia de Sonora en el siglo XIX” por Juan Manuel Herrera Huerta del A.G.N.; “El lenguaje del himno sonorense” por Maureen Weissenrieder de la Universidad de Ohio; moderadora: Socorro Isabel Gallareta.

“Don José María González Hermosillo en la Guerra de Independencia por las Provincias Internas Sonora-Sinaloa, 1810-1811” por Epifanio Zamorano Ramos de la S.S.H.; “El Peso Mexicano: su origen y trayectoria en Sonora” por J. Remigio Agraz de la Sociedad Numismática de Sonora; moderador: Armando Hopkins Durazo.

* Para mayor información sobre este Proyecto puede verse en este mismo número Historia General de Sonora, p. 56-57.

Ceremonia oficial de apertura bajo la siguiente Orden del Día:

Presentación de Invitados de Honor.

Discurso oficial de bienvenida a cargo del ingeniero Manuel Rivera Zamudio, rector de la Universidad de Sonora (UNISON).

Homenaje a don Manuel S. Corbalá, distinguido historiador sonorenses, lectura de su curriculum vitae y entrega de un Diploma de Honor póstumo.

Palabras a cargo de un representante de la familia Corbalá.

Declaratoria de Apertura a cargo del gobernador del estado o su representante.

Jueves 16; sesión matutina

“Tesoros etnográficos en los partes militares del Estado: apaches y pápagos, 1832-1844” por Kieran Mc. Carty de la Universidad de Arizona; “Benefactores de Sonora” por Angel Encinas Blanco de la S.S.H.; moderador: Gilberto Escobosa G.

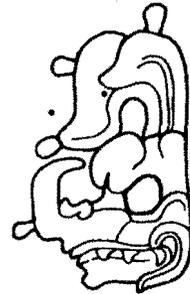
“Sonora en la coalición de Estados de Occidente, 1834” por Armando Quijada H. de la UNISON y la S.S.H.; “Una muerte llamada Gerónimo. 1851-1887” por Héctor Alfredo Pesqueira de la S.S.H.; moderador: Alberto Suárez Barnett.

“El ocaso de un sonorenses ilustre: Carlos R. Ortiz (1882)” por Juan Antonio Ruibal Corella de la UNISON y la S.S.H.; “Génesis de Ramón Corral. Sonora, 1882-1893” por Ramón Eduardo Ruiz de la U.C. de San Diego; moderador: Juan José Gracida R.

Jueves 16; sesión vespertina

“Notas sobre la economía y la población sonorenses en el siglo XIX” por Gustavo Susarrey Osuna de la S.S.H.; “Formación y expropiación del latifundio Greene” por Ismael Valencia Ortega del INAH; moderador: Epifanio Zamorano H.

“Cartas de Elizondo a Pineda: aproximación al español hablado del siglo XVIII” por Dolores Brown de la Universidad de Arizona; “José Guillermo Carbó, general porfirista” por Juan José Gracida R. del INAH; moderador: Ramón Eduardo Ruiz.



“Algunas consideraciones antropológicas sobre la tribu yaqui” por Cecile Gouy Gilbert del Centro de Estudios Mexicanos de la Embajada de Francia; “Chico Romero, último gobernador de los seris” por Gastón Cano Avila de la S.S.H.; moderadora: Cynthia Radding de Murrieta.

Viernes 17; sesión matutina

“Evolución financiera del Banco de Sonora en la época prerrevolucio-

** A petición expresa se modificó cronológicamente el programa.

naria" por Alberto Suárez Barnett de la S.S.H.; "La poesía sonorenses en los periódicos en español en Arizona. Fines del siglo XIX" por Armando Miguelez de la Universidad de Arizona; moderador: Ernesto Camou Healy.

"Plutarco Elías Calles, de comisario a general revolucionario" por Carlos Macías Richard de la UNAM; "Panorama general de la mujer del Mayo en el periodo de la Revolución Mexicana" por Socorro Isabel Gallareta F. del INAH; moderadora: Dolores Brown.

"Crónica de la Ciudad de los Naranjos" por Gilberto Escobosa G. de la S.S.H.; "Algunos compositores sonorenses" por Néstor Fierros Moreno de la S.S.H.; moderador: J. Remigio Agraz.

Viernes 17; sesión vespertina

"Crecimiento histórico de Hermosillo, 1900-1983" por Jesús Félix Uribe García; "La tenencia de la tierra en la zona serrana sur de Sonora bajo los gobiernos revolucionarios, 1915-1940" por Diego Navarro Gil del INAH; moderador: Ernesto López Yescas.

"Sonora y Baja California: La huelga de Cananea y su repercusión en Santa Rosalía" por Jorge Luis Amao Manríquez del Archivo Histórico de Baja California Sur; "Aspectos de la música indígena en Sonora" por Leticia Varela de la UNISON; moderador: Gerardo Cornejo.

"La Revolución en Sonora y sus historiadores, una revisión historiográfica" por Cynthia Radding de

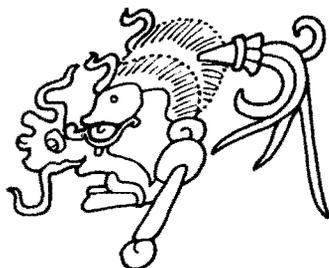
Murrieta del INAH; "El corrido de Obregón: un hecho histórico a la luz de la tradición oral sonorenses" por Javier Manzo Taylor de la S.S.H.; moderador: Gastón Cano Avila.

Sábado 18

"Adolfo de la Huerta: El Plan de Agua Prieta y la insurrección anticarrancista en Sonora, 1919-1920" por Walter Moore de la Universidad de Arizona; "La estructura étnica, económica y educacional de Tucson, Arizona: los límites de posibilidad para el pueblo mexicano en 1982" por Carlos Vélez-Ibáñez de la Universidad de Arizona; moderador: Armando Miguelez.

"La Universidad en la poesía de Serna Maytorena" por Thomas Franz de la Universidad de Ohio; "Ritual de otros incendios: La poesía de Alonso Vidal" por Antonio Serna Maytorena de la Universidad de Ohio; moderador: Francisco Javier Manzo T.

La coordinación general del Simposio estuvo a cargo del licenciado Juan Antonio Ruibal Corella de la Universidad Autónoma de Sonora.



Baja California Sur

VI Semana de Información Histórica

Bajo el patrocinio de la Dirección de Cultura de la Universidad Autónoma de Baja California Sur tuvo lugar, en la ciudad de La Paz, la *VI Semana de Información Histórica*, del 30 de abril al 4 de mayo de 1984. El tema central en esta reunión fue la periodización de la historia sudcaliforniana y la historiografía existente sobre varios de sus periodos. Sobre el tema de la periodización habló Miguel León-Portilla; sobre historiografía Michael W. Mathes y E. Moisés Coronado; sobre la etapa moderna del desarrollo minero en Santa Rosalía, Jorge Luis Amao Manríquez, actual director del Archivo Histórico de Baja California Sur.

En ocasión de esta VI Semana de Información Histórica se presentó la nueva edición de las obras de Miguel Venegas, que sacó a luz la Universidad Autónoma de Baja California Sur. Dicha edición incluye una reproducción facsimilar de los tres volúmenes originales de la *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual* (Madrid 1757); el cuarto volumen contiene la reproducción, también facsimilar, del manuscrito original de Venegas *Empresas apostólicas de los padres misioneros de la Compañía de Jesús de la provincia de Nueva España, obradas en la conquista de Californias*, trabajo que sirvió de base a Andrés Marcos

Burriel para disponer la obra impresa antes mencionada. El quinto y último volumen comprende también otro facsímil, el del original de la biografía del padre Juan María Salvatierra, escrito también por Venegas. Esta edición lleva un prólogo de Miguel León-Portilla, un estudio introductorio de Michael W. Mathes, así como índices analíticos preparados por E. Moisés Coronado y otros.

Sonora

Historia general de Sonora

La idea original de elaborar una historia de Sonora fue del gobernador de la entidad, Samuel Ocaña, quien le comunicó su inquietud al ingeniero Armando Hopkins, presidente de la Sociedad Sonorense de Historia. Hopkins la planteó al Centro Regional del Noroeste del INAH, al Colegio de Sonora, a la Universidad de Sonora y al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Un equipo de especialistas de estos organismos se hizo cargo de la preparación del proyecto.

En abril de 1982 se integró el Consejo Directivo de la siguiente manera: Armando Hopkins de la Sociedad Sonorense de Historia, presidente; Cynthia Radding y Julio Montané del INAH; Sergio Ortega del IIH; Juan Antonio Ruibal Corrella de la Universidad de Sonora y Gerardo Cornejo de El Colegio de Sonora.

En esa misma fecha se definieron los objetivos y se hizo la distribución del trabajo en cinco grandes periodos, cada uno de los cuales estaría encuadrado en un volumen.

Volumen I. *Geología, geografía, prehistoria, historia prehispánica*. Preparación a cargo del Centro Regional del Noroeste del INAH; coordinación de Julio Montané.

Volumen II. *Epoca Colonial*. Preparación a cargo del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, con la coordinación de Sergio Ortega e Ignacio del Río.

Volumen III. *1830-1880*. Preparación a cargo de la Universidad de Sonora; coordinación de Juan Antonio Ruibal.

Volumen IV. *1880-1930*. Preparación a cargo del Centro Regional del Noroeste del INAH; coordinado por Cynthia Radding.

Volumen V. *1930-1984*. Preparación a cargo de El Colegio de Sonora; con la coordinación de Gerardo Cornejo.

Por lo que toca a la Epoca Colonial (volumen II) de la que es responsable el Instituto de Investigaciones Históricas, el trabajo del equipo de especialistas se distribuyó de la manera siguiente:

Capítulos 1 y 2: Sergio Ortega; capítulo 3: Ana María Atondo, del INAH, y Martha Ortega, ex-becaria del IIH; capítulo 4: Sergio Ortega; capítulo 5: Martha Ortega; capítulos 6 y 7: Ignacio del Río; capítulos 8 y 9: Patricia Escandón, ex-becaria del IIH; capítulos 10 y 11: Juan Do-

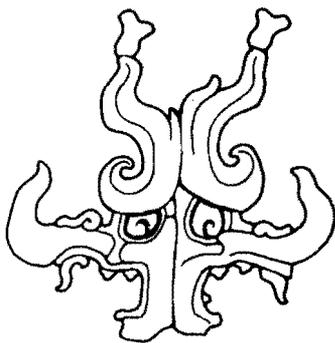
mingo Vidargas. Colaboración en la búsqueda de ilustraciones: Edgardo López Mañón, ex-becario del IIH.

La labor de investigación se llevó a cabo entre 1982 y 1983. A fines de 1983 se empezó la redacción preliminar de textos y a principios de 1984 se inició la discusión y revisión en conjunto de los trabajos.

A la fecha la tarea está casi concluida y el trabajo deberá ser entregado al Consejo Directivo en septiembre de 1984. Se espera que la obra vea la luz a mediados de 1985.

Patricia Escandón
ex-becaria

Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM



EXTRANJERO

La sociedad del altiplano central de México en los siglos XV y XVI

Del 9 de enero al 3 de febrero de 1984, la doctora Johanna Broda impartió un curso-seminario como pro-

fesora invitada en el *Instituto de Etnología* de la Universidad de Viena, Austria.

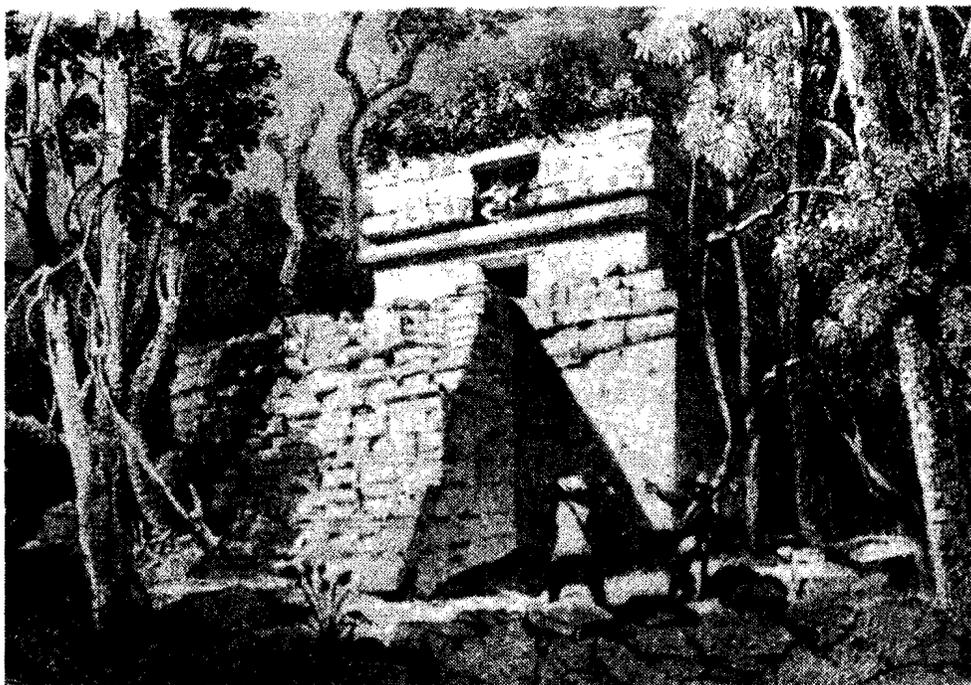
Este curso, con el título de “La sociedad del altiplano central de México en los siglos XV y XVI”, versó sobre organización socio-económica y política mexicana, así como sobre aspectos del culto y la cosmovisión. Se aportó también material acerca de otros grupos nahuas del centro de México en la época prehispánica.

En la parte final del curso se analizaron datos etnográficos de grupos nahuas actuales que permiten establecer comparaciones con la cosmovisión prehispánica.

Conferencias

La doctora Johanna Broda dio también dos conferencias en la *Universidad de Erlangen-Nuremberg*, los días 26 y 27 de enero.

La primera versó acerca de “Artesanía, cosmovisión y etnicidad de los nahuas de Guerrero” y fue impartida en el seminario sobre América Latina dirigido por el doctor Hans-Albert Steger; la segunda tuvo lugar en la Facultad de Geografía y Sección de Estudios Regionales de Erlangen y trató el tema “La reciente excavación del Templo Mayor y su interpretación etnohistórica”.



COLEGIO DE HISTORIA

RESEÑAS DE CATEDRAS

Arte colonial mexicano

El titular de esta cátedra es el maestro Jorge Alberto Manrique y en sustitución del mismo la dicta la maestra Martha Fernández. Se imparte a nivel licenciatura en el área de Historia del arte.

El tipo de curso adoptado para impartir la cátedra es el monográfico, puesto que a partir de la licenciatura esta clase de cursos resultan mucho más provechosos para los estudiantes que los cursos generales: siempre es más enriquecedor para maestros y estudiantes la profundización de un tema concreto que la revisión general de un área. Esto, sin contar con el hecho de que cada tema propuesto tiene que ser investigado a fondo por el maestro, amén de que él mismo también puede tener la oportunidad de incluir en el programa tópicos que le interesen particularmente o que se encuentre investigando en ese momento, lo que lógicamente ayuda al maestro a exponer hipótesis nuevas y a los alumnos a aprovechar mejor los conocimientos del maestro.

Ahora bien, en vista de la diversidad de intereses de los estudiantes, los temas monográficos que se desarrollan en la cátedra no son de aspectos o problemas muy específicos, sino lo suficientemente amplios como para presentar un interés más general; engloban todas las manifestaciones artísticas de una época, o la historia de alguna manifestación artística en particular, o la obra de cierto grupo de artistas. A manera de ejemplo, cito algunos de los temas que he abordado hasta ahora: "La arquitectura novohispana del siglo XVI", "La arquitectura barroca" y "El arte novohispano del siglo XVII: el tránsito del manierismo al barroco".

Los objetivos generales del curso son:

Que los estudiantes adquieran un conocimiento general del desarrollo del arte colonial mexicano del siglo XVI al siglo XVIII.

Que conozcan un tipo de metodología propio de la historia del arte: el análisis formal y estilístico de las obras.

Que aprendan la relación entre la obra de arte y el contexto histórico en que es realizada.

Los objetivos particulares son:

Enseñar a los alumnos la aplicación del método de análisis formal y estilístico de las obras, en un tema específico proporcionándoles, además, la terminología necesaria.

Enseñarles las relaciones que existen entre la obra de arte y su momento histórico, de acuerdo con el tema seleccionado.

Introducirlos en el estudio de un proceso artístico concreto y de las circunstancias históricas y artísticas que lo propiciaron.

Para impartir el curso se combinan cuatro sistemas:

Proporcionar a los alumnos una bibliografía amplia sobre la historia del arte colonial mexicano y sobre el tema monográfico del curso.

Exposiciones por parte del maestro, procurando la participación activa de los estudiantes.

La proyección de diapositivas en clase.

La participación de los alumnos

en visitas guiadas que ellos mismos imparten con la supervisión del maestro.

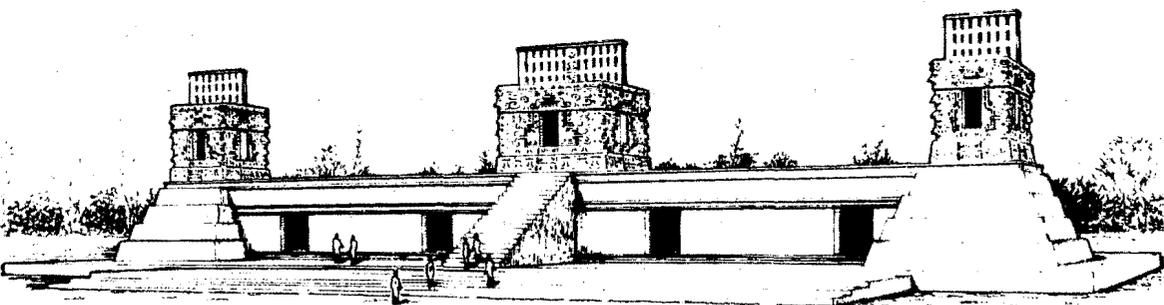
La evaluación del curso se lleva a cabo en tres partes:

Control de lecturas sobre el tema del curso que se realiza con base en reseñas críticas por escrito de tres obras obligatorias.

Un trabajo escrito de análisis formal y estilístico de alguna obra de arte de la Epoca Colonial: pintura, escultura o arquitectura, seleccionada libremente por los alumnos.

Un examen final que consta de dos partes: una pregunta de tipo teórico relativa al tema del curso y el análisis de diez obras diferentes del arte colonial mexicano, que son seleccionadas por el maestro y presentadas mediante diapositivas.

Martha Fernández
Colegio de Historia de la FFL
de la UNAM



*A medida que la naturaleza se va viendo reducida
a un agregado de objetos contruidos o manipulados
por la ciencia y la técnica,
a medida que va desapareciendo
por lo tanto la vieja piedad cósmica
y que el hombre va instalándose en su soledad
en medio de todo lo que es,
la historia va imponiéndose
como el único cosmos en el que el hombre
puede situarse, conocerse y reconocerse.
Al Dios "escondido" o invisible,
a la naturaleza "muda" o inaudible
se sustituye la historia,
amplio sueño compensador destinado
a darles una apariencia de unidad y de totalidad
a los siempre fragmentarios testimonios
de una aventura que nunca lo fue
y que permanecerá por siempre inacabada.*

Kostas Papaioannou